

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

Ss

EL TIGRE Y YO

*Clark
Carrados*



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS

La vio en la playa y estaba vestida, pero completamente inmóvil, lo que en un principio le hizo suponer que estaba contemplando un cadáver. Al aproximarse vio los movimientos regulares de ascenso y descenso de su pecho. Respiraba, luego estaba con vida.

Pero tenía los ojos cerrados y los brazos a lo largo del costado. A Mel Griffith le pareció una incongruencia que una mujer joven y bonita, como podía apreciarse a la primera ojeada, estuviera en la playa, en un día de tanto calor, no sólo vestida por completo, incluidas medias y zapatos, sino que el color de su indumentaria fuese el negro. «Luto riguroso», pensó.

Pero cada cual, en este mundo, podía hacer lo que quisiera, sin dañar a los demás, se dijo. De modo que, comprendiendo que podía molestar a la hermosa desconocida, dio media vuelta y se dispuso a retirarse. Llevaba una toalla en la mano y una bolsita en la otra, con el tabaco y las cerillas. Tomaría el sol un rato, se daría luego un baño y...



Clark Carrados

El tigre y yo

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1614

ePub r1.0

Lds 06.01.18

Título original: *El tigre y yo*

Clark Carrados, 1981

Cubierta: Desilo

Colección

SERVICIO

SECRETO

n.º 1614. Bruguera – 1981

Colección

PUNTO

ROJO

n.º 33. Ediciones B – 1992

ePub modelo

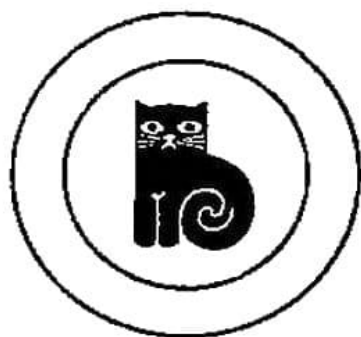
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

La vio en la playa y estaba vestida, pero completamente inmóvil, lo que en un principio le hizo suponer que estaba contemplando un cadáver. Al aproximarse vio los movimientos regulares de ascenso y descenso de su pecho. Respiraba, luego estaba con vida.

Pero tenía los ojos cerrados y los brazos a lo largo del costado. A Mel Griffith le pareció una incongruencia que una mujer joven y bonita, como podía apreciarse a la primera ojeada, estuviera en la playa, en un día de tanto calor, no sólo vestida por completo, incluidas medias y zapatos, sino que el color de su indumentaria fuese el negro. «Luto riguroso», pensó.

Pero cada cual, en este mundo, podía hacer lo que quisiera, sin dañar a los demás, se dijo. De modo que, comprendiendo que podía molestar a la hermosa desconocida, dio media vuelta y se dispuso a retirarse. Llevaba una toalla en la mano y una bolsita en la otra, con el tabaco y las cerillas. Tomaría el sol un rato, se daría luego un baño y...

—No se vaya, no me molesta —dijo ella repentinamente.

Griffith había iniciado ya la media vuelta y la miró por encima del hombro.

—Si quiere permanecer aquí, puede hacerlo —añadió la joven—. Además, me gustaría tener compañía un rato.

—Bueno, si no estorbo...

—Al contrario.

Griffith se acuclilló junto a la muchacha.

—Perdone, pero me gustaría hacerle una observación. —Abrió la bolsita y sacó el tabaco—. ¿Fuma?

Ella meneó la cabeza negativamente.

—No. ¿Qué iba a decirme?

—Es... Bueno, no tengo nada en contra de las ropas de luto, pero aquí, en la playa y en pleno verano, me parecen... fuera de lugar...

La joven continuaba en la misma postura. Todavía no había abierto los ojos.

—Estoy ensayando. Aunque allí hará frío, claro.

—¿Allí? ¿Dónde?

—En el cementerio, claro.

Griffith ladeó la boca. Aquella muchacha estaba chiflada, pensó.

—No, no estoy loca —añadió ella—. Mire hacia las palmeras de la ribera. A su derecha. ¿Ve a un tipo apoyado en la de dos troncos?

Griffith volvió la vista y divisó a un sujeto de ropas oscuras, con grandes gafas negras, a la sombra de la palmera y casi tan inmóvil como ésta.

—Sí, lo veo.

—No me dejan en ningún momento. No puedo escabullirme de ellos, por más intentos que hago. Ya me he resignado. Mañana me matarán.

—Oiga... —Griffith respingó. «De remate, loca de remate». Pensó—. Si... si eso es cierto, puede acudir a la policía...

Ella soltó una risita amarga.

—La policía interviene siempre «después» de un crimen, no «antes» —contestó.

—Podría contratar un guardaespaldas particular...

—Lo hice.

—¿Y...?

—Está en el hospital, con media docena de huesos rotos.

—Entonces, es cierto que la han amenazado de muerte.

—Son gente que siempre cumplen su amenaza. Me matarán.

—¿Puedo ayudarla en algo? —se ofreció él galantemente. Había que seguirle la corriente, ya que no creía en modo alguno en la fantástica historia que le estaba contando una joven exuberante de imaginación.

—No, gracias. Prácticamente, soy un cadáver viviente, y a los cadáveres no se les puede ayudar en nada. A propósito, me llamo Bertha Wendell.

—Mel Griffith —se presentó el hombre.

De pronta, Bertha se sentó y abrió los ojos para mirarle. Eran

grandes, rasgados, con pupilas de color azul oscuro. El pelo tenía un color bronceado sumamente atractivo.

—Mel, antes dijo que quería ayudarme.

—Claro —repuso él.

—Entonces, me dejará la toalla dentro de unos minutos.

Bertha se puso en pie y empezó a desnudarse. Griffith extendió una mano, alarmado, pero ella no hizo el menor caso. Se quitó primero el vestido, después las enaguas, quedando con el sostén, las bragas y el ligero, que también cayeron al suelo sucesivamente. Finalmente, se despojó de las medias y los zapatos y quedó desnuda como una diosa pagana.

Griffith tenía la boca abierta. Ella sonreía.

—El último baño de mi vida —anunció.

De pronto, echó a correr hacia el mar. En el mismo instante, se oyó un ronco grito de rabia.

Griffith se volvió. El hombre que vigilaba a Bertha corría hacia ella desesperadamente, a la vez que emitía procaces juramentos. Griffith se puso en pie de un salto.

—Eh, déjela —exclamó.

El sujeto desvió su ruta y corrió hacia él.

—¿Por qué diablos permite que se meta en el agua? —vociferó.

—Bueno, tiene ganas de darse un baño...

—Debió habérselo impedido, estúpido.

—Es ya mayor de edad... Amigo —dijo Griffith frunciendo el ceño—, no le tolero que me hable en ese tono —añadió—. Ella quería bañarse y lo está haciendo, de modo que déjela en paz y lárguese.

El hombre, furioso, disparó su puño. Griffith saltó hacia atrás y esquivó un golpe que llevaba mucha potencia. Bruscamente arrojó la toalla a la cara, cegándolo momentáneamente, lo que aprovechó para colocar un terrible

uno-dos

que dejó al otro sin fuerzas. Todavía estaba en pie, sin embargo, pero quedaba ya a su merced y lo remató de un seco directo al mentón.

Las gafas negras volaron por los aires. Griffith divisó un rostro de cicatrices de viruela, verdaderamente repulsivo. En el lado izquierdo de su chaqueta, se veía un bulto. Sacó la pistola, se acercó

a la orilla y la lanzó a veinte pasos de distancia, dentro del agua.

Bertha agitó un brazo, a cincuenta metros de la playa. Griffith correspondió con un gesto análogo.

Regresó junto al caído. «Es un matón profesional, no cabe duda», se dijo. Registró sus ropas. Tenía documentos a nombre de Destry Cool. También encontró una navaja automática, con hoja de veinte centímetros. Por lo visto, le gustaban toda clase de armas.

De pronto, sonrió. No lejos había un amontonamiento de rocas. Fue allí, introdujo la hoja en una grieta y dio un golpe seco.

La navaja se partió a cinco centímetros del eje de giro. Griffith la cerró, volviéndola luego al bolsillo de donde había salido. Su dueño se llevaría una sorpresa cuando la sacara para intimidar a alguien.

Bertha salió minutos más tarde y él se acercó con la toalla extendida.

—Gracias, Mel —dijo la joven, mientras empezaba a frotarse—. ¿Qué hace ese gagnápiro ahí?

—Protestó, yo protesté de sus protestas, él volvió a protestar de que mis protestas le impidiesen protestar... y acabamos a golpes. Él llevó la peor parte.

Envuelta en la toalla, Bertha se acercó al caído y le contempló unos instantes.

—Destry Cool —dijo—. Uno de los «perros» de la pandilla de los Neggo.

—¿Los Neggo? ¿Quiénes son? Nunca he oído hablar de ellos...

—Es mejor que sigas así. Nunca te cruces en su camino, ni aunque sea para recibir un millón de dólares. Yo lo hice una vez y estoy condenada a muerte.

—Pero, Bertha...

—Hablo en serio, Mel. Y ya me he cansado de luchar. En mi caso, créeme, la muerte será una liberación.

Terminó de secarse y empezó a vestirse. Unos minutos más tarde, miró al joven.

—Visto de luto, porque esta mañana he asistido a mi propio funeral, en la iglesia de Santa Magdalena. —Le tendió la mano—. Llévame flores algún día a la tumba, Mel.

Griffith no dijo nada. Bertha tenía problemas, era indudable, pero también se veía que era una mujer con un magnífico sentido del humor. Simplemente, había querido tomarle el pelo.

Pero procuró no demostrarlo.

—Adiós, Bertha —dijo, cuando ella salía ya de la playa.

Ella se detuvo, giró el torso un instante y señaló con el índice hacia arriba.

—Hasta el otro mundo, Mel —se despidió.

* * *

Bostezó aparatosamente, estiró los brazos y se recostó en los almohadones de la cama. Momentos después entró una mujer en el dormitorio, con una bandeja en las manos.

—Anoche trabajó de lo lindo, señor Griffith.

—Y que lo diga. Me acosté pasadas las cuatro, Antonia.

—Eso no es bueno. Acostarse a las cuatro de la madrugada, cuando está con una linda joven, si vale la pena, pero quedarse hasta tan tarde, sólo para escribir un libraco que nadie va a leer...

—Me pagan por ello, Y me pagan bien.

—Hay gente que no sabe qué hacer con su dinero —dijo mordazmente la señora Villa—. Bueno, aquí tiene su desayuno, con el periódico de la mañana, claro.

—¿Alguna novedad, Antonia?

—Psé, lo de costumbre... Robos, atracos, terrorismo, huelgas, conflictos internacionales, un avión secuestrado... Este mundo es una delicia, señor Griffith. Cualquiera día estallará como un petardo y nos lo tendremos bien merecido.

—No le falta razón, Antonia. Es un castigo que nos mereceríamos todos por nuestros pecados.

Sentado en la cama, Griffith se sirvió una taza de café, le puso azúcar, lo removi6 un poco y se la llevó a los labios. Pero no llegó a mojárselos siquiera.

La taza de café quedó a mitad de camino. En la primera página del periódico se veía la fotografía del rostro de una hermosa muchacha. Al lado, otra fotografía la mostraba hecha un ovillo, con la cabeza entre los brazos y sobre un charco de sangre.

La noticia daba el nombre de la víctima. Griffith sintió que se le helaba la sangre en las venas.

—¡Dios mío! Entonces, era cierto...

Leyó apresuradamente la información. El periodista había

averiguado que la difunta había sido secretaria de una tal Phoebe Van Kruger, a la cual había interrogado, obteniendo como respuesta la total ignorancia de la señorita Van Kruger acerca de lo sucedido a Bertha. «Sí, era mi secretaria, pero se despidió hace un par de meses y ya no he vuelto a tener noticias de ella», había declarado Phoebe Van Kruger.

El periódico cayó a un lado. Griffith había perdido las ganas de desayunar.

—¿Por qué no la tomé en serio? —se lamentó amargamente.

CAPÍTULO II

Había una veintena de personas en la iglesia de Santa Magdalena. Griffith figuraba entre los asistentes al funeral. Todos eran hombres; no había ni una sola mujer.

El altar estaba iluminado por las velas encendidas. En el centro, se veía un túmulo, con el ataúd que contenía los restos de Bertha. Griffith procuró situarse en un lugar discreto.

Momentos después, llegó una mujer, vestida de negro, alta, muy rubia, de unos veinticinco años y porte distinguido. La recién llegada ocupó uno de los bancos traseros.

Los delanteros estaban ocupados por una serie de individuos, de aspecto poco recomendable. Estarían mejor en un salón de billar, pensó el joven.

Momentos después, salió el sacerdote, seguido del acólito. El padre Román Duttin se arrodilló frente al altar, hizo la señal de la cruz, se puso en pie y dio media vuelta para encararse a los asistentes.

—Estoy viendo aquí a una serie de personas nada decentes, que han tenido la desfachatez de presentarse para asistir a la misa funeral por el alma de su propia víctima. Ésta es la casa de Dios y debe acoger a todos por igual, pero nunca a los pecadores que no den signos de arrepentimiento y prometan enmendarse, para llevar una vida mejor. Por tanto, los hermanos Neggo y cuantos tengan la menor relación con ellos se marcharán inmediatamente de aquí.

La voz del sacerdote era clara, resuelta. Un individuo que se hallaba en el primer banco se puso en pie.

—Padre, nos está juzgando sin pruebas...

—Happ Neggo, quizá los hombres no encuentren las pruebas que os condenarían. Y tal vez os acuse injustamente, pero no puedo

admitiros aquí, por otros pecados de los cuales no sólo no os habéis arrepentido, sino que continuáis cometiendo a diario. Sólo cuando os vea venir sinceramente arrepentidos, y me convenza de que ese arrepentimiento no es una máscara para continuar con vuestra vida disoluta y dominada por el Maligno, os permitiré la entrada en esta iglesia. Mientras tanto, salid. ¡Salid, hijos del demonio! —tronó el padre Duttin.

Otro hombre se puso en pie.

—Tenemos tanto derecho a estar aquí como cualquiera —se quejó.

El sacerdote cerró los ojos unos instantes. Griffith vio que movía los labios, como si bisbiseara una oración. Luego se encaró con el último que había hablado.

—Aeneas Negro, eres un réprobo impenitente, como tus hermanos. Una vez pensé que, por ser el más joven, podrías ir por el buen camino, pero se ve que mi conocimiento del alma humana tiene graves deficiencias. Ni tú, ni tus hermanos, ni cuantos trabajan para ellos, tienen el menor derecho a estar en lugar sagrado. ¡Yo os niego ese derecho! Y... Como ministro del Señor, se supone que debo ser un hombre de paz. Pero me gustaría recordaros que fui campeón del peso medio en mis tiempos universitarios y que todavía me conservo en buena forma. ¡Salid, malditos del Señor, salid! —tronó el padre Duttin finalmente.

Era un hombre de mediana estatura, ancho de hombros, fornido, de rostro cuadrado y mandíbula saliente. Los Negro, impresionados, se pusieron en pie y salieron erguidos seguidos por su corte de hampones, una docena de hombres en total.

—El Señor me perdone por este rapto de cólera —murmuró afligidamente el sacerdote. Se volvió hacia el altar, inclinó se profundamente y dio comienzo a la ceremonia.

Griffith habló con él, cuando la última paletada de tierra hubo caído sobre el ataúd que contenía el cuerpo de Bertha.

—¿Padre Duttin?

El sacerdote se volvió.

—¿Desea algo de mí, hijo?

—Querría hablar unos momentos con usted. Es acerca de Bertha Wendell. Anteayer estuve hablando con ella en la playa. Me anunció su próxima muerte, pero lo tomé en broma. Jamás me

perdonaré no haber creído en sus palabras.

El padre Duttin sonrió bondadosamente.

—No tiene usted la culpa de algo que no pudo prever. ¿Conocía a Bertha?

—No, nunca la había visto hasta anteayer...

—Entonces, no se haga reproches.

—Eso es fácil de decir, padre. He pasado toda la noche en vela. Todo el tiempo me preguntaba por qué no la ayudé de algún modo. Me siento angustiado, lleno de dudas...

La mano del padre Duttin se posó sobre el hombro de Griffith.

—Conversaste con ella —dijo.

—Sí, señor.

—¿Le diste ánimos?

—Bueno le seguí la corriente... Cuando se marchó de mi lado, parecía más contenta. Pero se despidió de una forma que jamás olvidaré. Dijo: «Hasta el otro mundo...».

La voz del joven se quebró súbitamente.

—Tú no eres responsable de lo que ha sucedido, sino esa pandilla de criminales, a quienes Dios exigirá un día cuentas de sus numerosos pecados —dijo el sacerdote severamente—. ¿Cómo te llamas, hijo mío?

—Mel Griffith, padre.

—¿Ah, el...?

—Sí, el mismo.

—He leído tu último libro. Sostienes unas teorías muy atrevidas, pero que hacen pensar mucho.

—Gracias, padre —sonrió Griffith.

—Algún lector de tus libros, quizá, cambiará de vida en lo sucesivo. Ése será tu mejor premio, aunque no llegues a saberlo nunca, Mel.

—Padre Duttin, ¿por qué es usted un simple sacerdote, en vez de diplomático de alta categoría?

Román Duttin se echó a reír.

—El Señor me llamó por este camino y yo seguí Su voz, eso es todo. ¿Tienes coche o te llevo en el mío hasta donde lo necesites?

—Tengo mi coche, gracias.

—Entonces... permítame que le dé mi bendición, aunque no seas católico.

—La acepto con mucho gusto, padre —contestó el joven respetuosamente.

—Reza por el alma de la pobre Bertha —dijo el padre Duttin al despedirse.

Griffith asintió. Lentamente, subió al coche y arrancó, sin saber qué rumbo tomar. Pero, de pronto, concibió una idea y se dijo que debía ponerla en práctica inmediatamente.

* * *

El alto y majestuoso mayordomo le miró como si tuviese delante a un despreciable insecto. Griffith soportó estoicamente el escrutinio y aguardó la respuesta del servidor.

—Anunciaré su visita a la señorita —dijo al fin el engolado sujeto—. No puedo garantizarle que la señorita desee recibirle...

—Dígale que estuvimos juntos esta mañana, en la iglesia de Santa Magdalena.

El mayordomo perdió su compostura por un instante. Luego, recobrándose, giró sobre sus talones y pareció perderse en el enorme vestíbulo de la mansión construida a finales del siglo pasado y que, tras haber pasado de moda, volvía a recobrar el encanto de una casa en la que su misma antigüedad empezaba a hacerla agradable de nuevo.

A los pocos momentos, reapareció el mayordomo y tendió una mano.

—Por aquí, señor —dijo.

Griffith le siguió hasta una puerta que el servidor abrió, dejando a la vista una escalera que se hundía en el subsuelo. Asombrado, inició el descenso, encontrándose poco después en un amplio sótano, muy bien iluminado. Había una joven, con el pelo atado por una cinta, vestida con un mono de trabajo, muy ocupada, al parecer, en algo que parecía un transmisor de radio de gran potencia.

—Le escucho, señor Griffith —dijo Phoebe Van Kruger—. ¿O debo llamarle profesor?

—A su gusto —contestó él—. Los títulos no son importantes para mí.

—Entonces, ¿qué es importante para usted?

—En esta ocasión, la muerte de Bertha Wendell.

Phoebe suspendió su trabajo unos instantes y alzó la cabeza para mirarle.

—¿Por qué le interesa a usted ese desgraciado suceso?

—Tengo entendido que Bertha fue su secretaria personal.

—Nunca lo he negado. Ella, sin embargo, se despidió hace dos meses.

—¿Le dio alguna razón?

Phoebe vaciló un instante.

—No —repuso por fin.

«Miente», pensó Griffith.

—Y no volvió a verla más —dijo.

—Viva, no, por supuesto.

—¿Tiene alguna idea de los motivos por los que fue asesinada?

—¿Es usted profesor de filosofía o policía? —preguntó.

—En estos momentos, sólo un hombre que supo anticipadamente que Bertha iba a morir y que no hizo nada por evitarlo.

Phoebe dejó el trabajo y se sentó sobre un alto taburete. Metió la mano en su bolso y sacó un paquete de cigarrillos. Griffith, galante, le ofreció su encendedor, después de aceptar el que ella le tendía.

—Cuénteme, por favor —pidió Phoebe, después de las primeras bocanadas de humo.

Griffith le relató todo lo sucedido en la playa, sin omitir el encuentro con Cool. Al terminar, Phoebe movió la cabeza negativamente.

—No pretendo que me crea, ni me esforzaré por obligarle a ello, pero puedo asegurarle que ignoraba totalmente las relaciones de Bertha con los hermanos Negro. Hasta la víspera de su marcha de esta casa.

—Ah, se lo dijo entonces.

—Sí. Iba a casarse con Mark, el tercero de los cuatro hermanos. Pero da la casualidad de que está en San Quintín.

—Por filántropo —sonrió Griffith.

—Filántropo quiere decir amigo del hombre. Los Negro sólo son amigos de sí mismos.

No me cabe la menor duda, señorita Van Kruger. De modo que iba a casarse con Mark Negro.

—Eso fue lo que ella me declaró. Para mí fue una sorpresa, puedo asegurárselo, profesor.

—No dudo de sus palabras en absoluto. Pero los Neggo mantenían una vigilancia constante sobre ella. ¿Lo sabía usted?

Phoebe hizo un gesto de impaciencia.

—Ya le he dicho que no volví a tener noticias de Bertha, hasta que vino la policía a tomarme declaración. Una vez se despidió de esta casa, ya no supe más de la pobre muchacha. Naturalmente, lo menos que podía hacer era asistir al funeral.

—Sí, un gesto digno de alabanza. —Griffith lanzó una ojeada a los innumerables cacharros que había encima de la mesa—. ¿Entiende usted de electrónica?

En los labios de Phoebe se dibujó una ligera sonrisa.

—Profesor...

Pero no pudo continuar. Una joven, con uniforme de doncella, apareció súbitamente, muy asustada.

—Señorita, hay un intruso en el piso superior —informó.

—¿Un intruso? —respingó Phoebe.

—Si, en el cuarto azul, el que usaba la pobre señorita Bertha cuando vivía aquí. Yo fui a limpiarlo hoy, porque hacía una semana que no había pasado por allí; abrí la puerta y vi al tipo... Él no me vio, porque estaba vuelto de espaldas, registrándolo todo...

Phoebe saltó inmediatamente del taburete.

—Vamos a ver si sorprendemos al ladrón —exclamó.

Griffith no se sorprendió menos. Pero antes de salir del sótano divisó un palo apoyado contra una de las paredes y lo cogió, pensando que podía resultar un arma muy útil.

Cuando llegaban al vestíbulo, agarró el brazo de la joven.

—Deje que vaya yo primero —pidió.

Phoebe le miró con curiosidad.

—Se siente héroe, ¿eh? —dijo irónicamente.

—Sustituyo a su mayordomo —contestó él con no menor sarcasmo.

Y echó a andar hacia la escalera que conducía al piso superior.

Phoebe le seguía casi pegada a él. Una vez arriba, le señaló una puerta.

—Ése es el cuarto azul —indicó.

CAPÍTULO III

Griffith abrió muy lentamente. Sí, el intruso estaba allí, revolviéndolo todo. La habitación aparecía por completo en desorden. Incluso el tapizado de los muebles estaba arrancado a tirones.

El intruso ni siquiera se había molestado en usar una navaja. Debía poseer una fuerza descomunal, calculó Griffith. De pronto, le pareció conocido.

Paso a paso, se acercó a él y le tocó con el palo en el hombro. El sujeto se revolvió con enorme rapidez y agarró el palo, quitandoselo a su dueño antes de que éste pudiera evitarlo. Luego lo arrojó a un lado y sonrió malignamente.

—Volvemos a encontrarnos —dijo Destry Cool.

—Le derribé, recuérdelo.

—Me tiró una toalla a la cara. Ahora no podrá hacerlo.

Cool disparó el puño derecho. Griffith trató de esquivar el golpe, pero sólo lo consiguió en parte. Recibió el impacto en el hombro derecho, dio una vuelta sobre sí mismo y salió catapultado contra la pared, de donde cayó al suelo, aturdido y sin fuerzas.

Phoebe estaba desorientada. Cool saltó hacia ella y la agarró por un brazo.

—¿Dónde está? —rugió.

—No sé... ¿Qué quiere? ¿Dinero, joyas? —tartamudeó la joven, muy asustada.

—No seas estúpida. ¡Busco el diario de Bertha Wendell!

—Oiga, yo no sabía que...

Cool apretó los dientes.

—Tengo una forma mejor de obligarte a hablar —dijo—. ¿Te gustaría una cicatriz en la mejilla izquierda? ¿Eh?

Metió la mano en el bolsillo y sacó una navaja, todavía plegada.

—No hay cirugía estética en estos casos —añadió, con perversa sonrisa.

Apretó el resorte y se oyó un chasquido, pero sólo cinco centímetros de hoja se hicieron visibles.

Phoebe vio la hoja rota y no pudo contener una carcajada que le salió del alma. Cool se quedó estupefacto.

Durante un segundo, contempló la navaja rota con ojos incrédulos, como si se negase a admitir la realidad. Mientras tanto, Griffith se había recuperado casi por completo.

Desde el suelo todavía, disparó la puntera de su zapato contra la rodilla más próxima del hampón. Cool lanzó un alarido y empezó a dar saltos a la pata coja, olvidado de la navaja y agarrándose a la pierna con ambas manos.

Griffith se puso en pie. Recuperó el garrote y empezó a manejarlo despiadadamente.

Los gritos del matón atronaban la casa. Griffith, implacable, continuó el castigo, conduciendo a Cool hacia la ventana abierta, lugar por donde, seguramente, había entrado en la casa. Una vez le tuvo allí, empujó a fondo, como si el palo fuese una espada.

La ventana tenía un antepecho relativamente bajo. Cool empezó a inclinarse de espaldas. Sus piernas se agitaron frenéticamente un instante, apuntando hacia el techo. Luego cayó.

Se oyó un sordo estruendo, cuando aquel corpachón aplastó un macizo de flores. Griffith sacó medio cuerpo fuera.

Sorprendentemente, Cool parecía hallarse en buenas condiciones físicas, porque se puso en pie y escapó a la carrera, Griffith se dio cuenta de que ya no podrían alcanzarlo y se volvió hacia el interior.

—Bueno, se ha marchado —sonrió.

La navaja rota yacía en el suelo. Phoebe sonreía también.

—No pude contenerme —dijo—. Pese al miedo que sentía, ¡resultó tan cómico! Pero ¿cómo se le pudo ocurrir amenazarme con una navaja sin hoja?

—Seguramente, no la había usado desde que se la rompí yo en la playa, cuando le dejé sin sentido. —Griffith miró a su alrededor—. Parece que haya pasado por aquí un huracán —añadió.

—Sí. Buscaba el diario de la pobre Bertha, aunque no comprendo qué interés puede tener para él.

—El interés que Cool pueda tener es el de sus amos, los Neggo. Usted estaba en la iglesia cuando los echó el padre Duttin.

—Desde luego. ¿Piensa que alguno de ellos pudo tener relación con la muerte de Bertha?

—Tan seguro como la sucesión del día y la noche —contestó Griffith—. Bien, no quiero seguir molestándola más. Supongo que ahora tendrá trabajo y a mí, desde luego, no me falta.

Griffith echó a andar hacia la puerta. Phoebe se emparejó con él.

—Le acompañaré —se ofreció.

La doncella aguardaba en el corredor.

—Nita, tenga la bondad de arreglar el cuarto —dijo Phoebe.

—Sí, señorita.

Descendieron a la planta. De pronto, vieron que se abría la puerta. Un hombre miró cautelosamente a través del hueco. Luego, al ver que todo parecía tranquilo, salió, arreglándose la ropa con aire pomposo.

—¿Necesita la señorita algo de mí? —consultó el estirado mayordomo.

—Le necesité antes, Jenkins —contestó ella secamente.

—Disculpe la señorita, pero estaba ocupado...

—Ya, contando las telarañas de ese cuarto trastero —dijo Phoebe ácidamente—. Un ladrón entró en la casa y usted desapareció...

Phoebe sintió que le tocaban en el brazo y se volvió hacia el joven.

—No todo el mundo está obligado a ser valiente —dijo Griffith con suavidad.

—Sí, tiene razón. Bien, Jenkins, puede retirarse.

El mayordomo se inclinó y desapareció. Griffith continuó su camino hacia la puerta. Allí, Phoebe le hizo una pregunta:

—Profesor, ¿qué le hace sentir tanto interés por este caso?

Griffith tendió la mirada hacia el cielo esplendorosamente azul.

—Usted no tiene idea de lo que significa oír a una mujer anunciar su inminente muerte y no hacerla caso, pensando que se está escuchando a una bromista aficionada a lo macabro, o a una chiflada... y leer al día siguiente que esa mujer ha sido muerta a balazos. Entonces, uno se pregunta por qué no la creyó, por qué no intentó ayudarla..., pero todos los reproches, todos los argumentos

son ya inútiles, porque no se puede devolver la vida a quien está ya muerto. ¿Me comprende ahora?

Phoebe asintió, profundamente conmovida.

—Le comprendo perfectamente, profesor. Si necesita algo de mí...

Griffith sacudió la cabeza con gesto pesaroso.

—No. Ha sido usted muy amable. Muchas gracias.

Descendió la corta escalera y avanzó por el centro del jardín en busca de la salida. ¿Por qué había muerto Bertha? ¿Tal vez porque iba a casarse con Mark Negro, el hermano encarcelado en San Quintín!

Acaso la causa de su muerte había sido el diario que andaba buscando Destroy Cool y que no había podido encontrar.

* * *

Sin saber por qué, o tal vez como una especie de expiación por lo que consideraba como culpa suya, por no haber hecho caso a Bertha, Griffith decidió que debía averiguar quién había asesinado a la joven. Y los motivos, naturalmente.

Tras muchas reflexiones, decidió que sólo podría conseguirlo haciendo innumerables preguntas a gran cantidad de personas. Su prestigio profesional le sirvió de mucho para conseguir una entrevista con Mark Negro, en el penal de San Quintín.

Negro apareció poco después de que él entrase en la sala de visitas. Era un hombre guapo, pagado de sí mismo, orgulloso de su ondulado pelo negro y de sonrisa sardónica y desdeñosa al mismo tiempo.

—Jamás soñé que un día viniera a visitarme un profesor de filosofía —dijo—. ¿Qué le interesa de mi persona, «profe»?

—Bertha Wendell —contestó Griffith escuetamente.

Negro alzó la cabeza.

—La pobre... Sentí mucho su muerte, créame.

—Sobre todo, si iba a casarse con ella.

—¿Quién se lo ha dicho, profesor?

—Tengo informes...

—Son falsos. La conocí, salimos algún tiempo, intimamos..., pero no pensaba casarme con ella. Si se lo dijo la propia Bertha,

mintió. Y si se lo ha dicho otra persona, no sabe lo que se dice.

Griffith sonrió.

—¿Por qué se excita tanto, Mark? No es deshonroso pretender casarse con una mujer —dijo.

Neggo estaba nerviosísimo. Aquellas pocas palabras habían hecho desaparecer toda su suficiencia y seguridad en sí mismo.

—¡No estoy nervioso! —gritó—. Y no iba a casarme con Bertha...

—A juzgar por su forma de negarlo, yo diría que sí estaba dispuesto a casarse con ella. ¿Quizá se lo prohibió su hermano mayor Happ, el jefe del clan de los Neggo?

—Eso no le importa a usted —vociferó el preso descompuestamente—. Oiga, yo creí que usted venía para interrogarme acerca de cosas de mi vida...

—Es lo que estoy haciendo, Mark —dijo Griffith suavemente.

Neggo se quedó cortado. De pronto se puso en pie.

—La entrevista ha terminado —dijo.

—Mucha prisa tiene usted. En la prisión, las prisas carecen de sentido, porque se dispone de todo el tiempo que se quiere.

—Salgo mañana en libertad, profesor. Si no fuese porque tengo que observar buen comportamiento, le machacaría la nariz de un buen puñetazo.

—Entonces, mañana podrá hacerlo, si continuamos la entrevista, ¿no le parece?

—No volveremos a vernos. No se acerque a mí otra vez o le pesará. ¿Ha comprendido?

—Sí, Mark. Oiga, ¿dónde está el diario de Bertha?

La pregunta fue hecha de un modo repentino. Neggo, pillado de sorpresa, se volvió, con el rostro completamente gris.

—No he oído hablar nunca de ese diario —contestó.

—Existe. Está en alguna parte. Destroy Cool lo buscaba. Y, supongo, sería por orden de su hermano Happ.

—Llevo preso una buena temporada. Estoy completamente desconectado de los negocios de mis hermanos...

—¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué se ha puesto tan pálido?

Neggo lanzó una obscena maldición. Luego golpeó la puerta, pidiendo a voces que le llevaran de nuevo a su celda. Antes de que ello sucediera, Griffith tuvo tiempo todavía de lanzar una punzante

hipótesis:

—Mark, usted sabe quién y por qué mató a Bertha, y teme acaso que la historia se repita con usted. El pánico se refleja en sus ojos y ello es, sin duda, porque se siente tan culpable de la muerte de Bertha como el que apretó el gatillo del arma homicida.

Neggo ya no dijo nada y salió con paso muy rápido, ciego, casi sin ver dónde ponía los pies. Estaba muy furioso, pensó Griffith, pero también lleno de pánico. ¿Por qué?

* * *

Un coche largo, negro, conducido por un hombre de severo aspecto, recogió al ex preso al día siguiente por la mañana. Cuando el coche arrancó, Griffith se situó a su cola y lo siguió puntualmente, procurando, sin embargo, no hacer patente su presencia, para que no sospechasen de él.

Dos horas más tarde, el coche negro embocó un camino que conducía a una gran casa de campo, situada en un ameno paraje, entre colinas llenas de verdor. Un lugar realmente idílico, pensó Griffith, detenido en la última curva del camino y a unos doscientos metros de la casa.

Los Neggo, no cabía duda, pasaban allí el fin de semana. La casa estaba dotada de todas las comodidades necesarias para ello y disponía incluso de una monumental piscina, junto a la cual se veían algunas sombrillas y toldos de colores. El coche negro describió una amplia curva y se detuvo frente a la fachada de la residencia.

Mark Neggo se apeó. Tres hombres aparecieron en la puerta, saludándole alegremente. Neggo agitó sus brazos y se dispuso a subir la escalinata que conducía a la terraza. Entonces, sonó un disparo.

Los tres hermanos se dispersaron a la carrera. El chófer se tiró debajo del coche. Neggo cayó de bruces, pero se incorporó, ayudándose con las manos, y trató de alcanzar el refugio de la casa.

Griffith lo vio todo, a través de los prismáticos que había llevado especialmente para la ocasión. Mark tambaleándose como un beodo, alcanzó el último peldaño. Entonces, sonó otra detonación.

El cuerpo de Neggo sufrió una espantosa convulsión y cayó

rodando sobre la explanada. Aun así, intentó levantarse, pero el tercer proyectil le lanzó de espaldas contra el suelo y ya no se movió más.

Griffith movió los prismáticos, buscando el origen de los disparos. A cien metros a la derecha, divisó una sombra entre los arbustos, con algo alargado en las manos. Oyó gritos de rabia y de furor y se imaginó que los Negro saldrían disparados a cazar al asesino.

Regresó a su coche, dio marcha atrás y lo sacó del camino, ocultándolo al otro lado de unos matorrales. Unos segundos después, vio pasar otro coche a toda velocidad, conducido por un hombre que llevaba gafas de color. Fue la única nota que pudo captar del asesino, debido al tiempo tan escaso que había durado la visión.

Luego, más coches pasaron en persecución del otro. Griffith decidió permanecer allí un buen rato, hasta que el peligro hubiera pasado. Si los Negro le encontraban allí, podría verse en un serio compromiso.

Media hora más tarde, regresaron los coches que habían salido de la casa. Griffith, con gran cautela, se acercó todo lo que pudo y divisó a los Negro y sus secuaces, hablando indignadamente. Pese a la distancia, oyó un nombre y se preguntó si aquel tal Sterling Hanroe tenía algo que ver con la muerte de Mark.

Más tarde, con toda discreción, abandonó el lugar. Desfrenó el coche y, a favor de la pendiente, con ligeros toques al freno, para evitar un innecesario incremento de la velocidad, tomó el camino de vuelta. A unos mil metros de distancia, encendió el motor y entonces pudo pisar el acelerador sin temor a ser oído.

CAPÍTULO IV

Nadó durante un buen rato y luego se tendió boca arriba, disfrutando de la paz que se sentía en aquellos momentos. Casi se había dormido, mecido por el suave oleaje, cuando oyó una voz a su lado.

—Se está bien aquí, ¿eh?

Griffith abrió los ojos. El rostro de Phoebe Van Kruger, enmarcado por la rubia cabellera mojada, estaba a dos pasos de distancia.

Sorprendido, se hundió, pero emergió casi en el acto, quitándose el agua de los ojos.

—Hola —dijo—. Es usted la persona con la que menos sospecharía encontrarme hoy aquí.

—Sí, seguro que no me esperaba —convino ella, manteniéndose vertical con ligeros movimientos de brazos y piernas—. Pero se me ocurrió venir a verle. Su asistenta me dijo que había salido a nadar y me permitió cambiarme de ropa en su casa.

—De modo que vino a verme. ¿Puedo conocer los motivos?

—Mark Neggo. Lo asesinaron ayer —contestó Phoebe.

—Yo vi cómo le mataban —dijo él.

Esta vez fue Phoebe la que se sorprendió. Se hundió y emergió, tosiendo fuertemente, porque le había entrado agua en la boca. Riendo, Griffith le dio unas palmaditas en la espalda.

—Vamos, vamos, no es para tanto...

Ella le miró con ojos de pasmo.

—Y yo que venía a asombrarle con la noticia...

—Estuve hablando con Mark en San Quintín. No me gustaron sus respuestas. Además, se puso mortalmente pálido cuando le hablé del diario de Bertha. Entonces, decidí saber qué haría cuando

saliera del presidio, puesto que él mismo me anunció que le ponían en libertad al día siguiente, esto es ayer.

—¿Y qué hizo?

—Un chófer fue a recibirlo y lo llevó a la casa de campo de los Neggo. Yo los seguí, prudentemente escondido, presencié la recepción que le hicieron a tiros de fusil. Sus hermanos no pudieron hacer nada por evitarlo.

—Horrible —calificó Phoebe—. ¿Por qué le mataron, profesor?

—Señorita Van Kruger, ¿por qué no continuamos hablando en la orilla?

—Sí, es una buena idea.

Nadaron sin prisas. Al salir, Phoebe se secó con su toalla. Tenía una figura espléndida, alta y graciosa, enormemente atractiva con el breve traje de dos piezas que usaba.

Phoebe se dio cuenta de las miradas que le dirigía el joven y se puso colorada.

—Tengo mis ropas en su casa, profesor —dijo un tanto nerviosa—. Si le parece, me vestiré...

—Me gustaría hacerle una proposición —manifestó Griffith—. Pronto será la hora del almuerzo. Conozco un restaurante, a menos de un cuarto de hora, donde sirven unos platos de pescado realmente sensacionales. Si no tiene problemas con la línea, podríamos comer allí y así hablaríamos con toda tranquilidad. ¿Qué le parece?

Phoebe sonrió.

—Se aprueba la moción por unanimidad —respondió.

Una hora más tarde, se recostó en su asiento y le miró con ojos brillantes de satisfacción.

—Profesor, no vuelva a traerme aquí o me convertiré en una adicta incurable, —dijo.

—Eso se cura con platos de verdura cruda —rió él.

—Horror, no lo mencione siquiera... —Phoebe apoyó los codos en la mesa—. ¿Qué le parece si continuamos tratando del tema, Mel? Es decir, si me permite llamarle por su nombre. Mel, de Melville, supongo.

—Supone mal, pero puede seguir llamándome Mel. De todas formas, no tiene importancia. Sigamos con el asunto. La policía no sabe quién mató a Mark, pero yo pude escuchar a uno de los Neggo

que mencionaba el nombre de Sterling Hanroe. ¿Le suena a usted?

—Nunca lo he oído. ¿Cree que fue el asesino?

—Ellos no lo dijeron o yo no pude escucharlo bien.

—¿Se le ha ocurrido mirar en la guía telefónica?

—No —contestó Griffith, sorprendido—. Pero podríamos hacerlo, aunque sólo conseguiríamos conocer su nombre y número de teléfono.

—Y le haríamos una visita.

Griffith dirigió a la joven una mirada oblicua.

—¿Vendría usted? —preguntó.

—Claro, hombre.

—¿Por qué?

—Bertha fue mi secretaria durante dos largos años. Yo llegué a apreciarla muchísimo; fue siempre una joven discreta, eficiente y de gran competencia en su tarea, tanto, que aún no me he decidido a contratar otra secretaria. También sentí su muerte infinitamente.

—Comprendo. Oiga, Phoebe, ¿le dijo ella algo acerca de que esperaba ser asesinada?

—No, nunca volvimos a vernos desde que se marchó de casa. Ni siquiera hablamos por teléfono una sola vez.

—Nunca se borrará de mi memoria. Ella estaba en la arena, vestida de luto riguroso... Había asistido, me dijo, a su propio funeral...

Griffith cerró los ojos un instante, como si quisiera alejar aquella visión de su mente. Jamás lo olvidaría, se dijo, a pesar de todo.

—Está bien —habló de nuevo—. Sera mejor que averigüemos quién es el tal Hanroe.

Y levantó la mano para llamar al camarero y pedirle que le trajera una guía telefónica, cuando, de pronto, vio algo que le hizo sobresaltarse.

Estaban situados junto a una ventana, en un lugar donde dominaban un extenso panorama del océano, a unos quince metros sobre el nivel del mar. El restaurante tenía una terraza inferior, donde se estacionaban los coches. Un automóvil se había detenido y dos sujetos se apeaban de él en aquel momento.

Reconoció a uno de ellos en el acto. Era Destry Cool.

—Phoebe, cuando hay una guerra en ocasiones se impone, por prudencia, una retirada estratégica —dijo, a la vez que dejaba unos

billetes sobre la mesa—. Vámonos inmediatamente de aquí.

—¿Qué sucede? —exclamó la joven, alarmada.

—Estoy viendo a alguien que ya se está convirtiendo en un viejo conocido. No digo amigo, porque nunca lo será, pero... ¡Rápido, ya vienen; por la puerta de atrás!

Agarró la mano de Phoebe y tiró de ella. Cuando cruzaban la puerta posterior, Cool y su acompañante entraban en el restaurante.

Cool alcanzó a verles y adivinó lo que sucedía.

—Se escapan, Sully. Vamos a ver si podemos impedirselo.

Inmediatamente, giraron sobre sus talones y regresaron a su coche a la carrera. Para entonces, Griffith y Phoebe estaban ya en el del profesor, que arrancó inmediatamente a toda velocidad.

* * *

Un minuto más tarde, Griffith se dio cuenta de que los dos hombres estaban tras sus huellas y que no le iba a resultar fácil despistarlos.

—Sólo soy un conductor corriente, no de película de aventuras —dijo—. En autopista, podría ponerme a ciento cincuenta, pero jamás se me ocurriría hacer esas maniobras tan prodigiosas que hacen los especialistas.

—Bastará con que mantenga la distancia —aconsejó Phoebe—. En todo caso, acelere lo que pueda. Tal vez nos vea una patrulla de tráfico y eso alejará a los matones.

—¿Hoy, domingo? —dijo él, sarcástico—. Todos los policías de la ciudad deben estar bañándose en la playa... Espere, me parece que ya tengo la solución...

A la izquierda había un ramal de la carretera que se dirigía tierra adentro, hacia un lugar relativamente poblado. Griffith lo tomó sin vacilar. Luego vio un camino secundario y viró con fuerza.

—¡Dios mío! Es un callejón sin salida...

El camino daba al interior de un gran edificio en construcción, con planta en «U». En su último tramo, el suelo estaba sin pavimentar, con toda clase de objetos esparcidos sin orden ni concierto. Repentinamente, se oyó un estampido y el coche aunque ya se detenía, se inclinó bruscamente hacia la derecha.

—Lo que nos faltaba —gimió Griffith—. Un reventón...

Phoebe abrió la portezuela de su lado y saltó al suelo.

—¡En este edificio hay muchos sitios donde esconderse! —gritó —. Vamos, pronto, Mel.

Echaron a correr, sorteando los numerosos obstáculos que encontraban a su paso. Parte del edificio, podía apreciarse, estaba destinado a aparcamientos de vehículos, y había rampas de pendiente relativamente suave, que permitían el acceso sin demasiadas dificultades. Griffith y la joven consiguieron alcanzar una de dichas rampas y llegaron al primer piso, justo cuando el coche perseguidor se detenía junto al suyo.

Cool y su compinche aparearon, echaron un vistazo al coche del profesor y luego intercambiaron una mirada de complicidad, sonriéndose satisfechos.

—Vamos —dijo el primero.

—Sigamos —murmuró Griffith.

Subieron dos plantas más. Griffith se detuvo a escuchar. Las pisadas de los matones resonaban claramente en el silencio de la tarde.

—Aquí no están, Destry —gritó Gerson de pronto.

—Arriba, Sully —dijo Cool.

Griffith miró a la muchacha. Estaba muy pálida, pero no ofrecía signos de temor. Ella señaló con el índice el piso superior.

Había una escalera de madera que evitaba un gran rodeo por las rampas y la usaron para llegar a la otra planta. De nuevo sonaron las voces de los matones:

—Ve por la izquierda, Sully. Yo iré por el lado opuesto.

—O. K., Destry.

De pronto, Griffith vio una pila de sacos de cemento, al lado de la cual había un par de grandes barriles de lata, llenos de agua, junto con algunos cabos y herramientas diversas. Podría resultar como defensa, se dijo.

Asomó medio cuerpo fuera del borde de la planta. Gerson subía en aquel momento, con el revólver en la mano, deteniéndose a escuchar de cuando en cuando. Griffith se volvió y dijo algo a Phoebe, en voz muy baja.

Ella asintió. El joven agarró una pala y rasgó el papel de uno de los sacos de cemento. Luego lo levantó a pulso y se acercó al borde.

Gerson caminaba irresoluto, mirando a derecha e izquierda,

tratando de atravesar con la vista el bosque de columnas que sustentaban la estructura del edificio. De repente, se oyó una voz en la planta baja:

—¡Destry!

—Estoy aquí, Dick —contestó Cool.

—¿Les has localizado? —preguntó otro hombre.

—Sí, Aeneas. Los tenemos aquí, no podrán escapar.

Griffith torció el gesto.

—Son dos de los hermanos Neggo —susurró.

—La cosa se pone fea —observó Phoebe.

—Aún no hemos sido vencidos. Vamos a ver si nos deshacemos del primer energúmeno. Prepárese...

Phoebe llenó un cubo de agua. Súbitamente, Griffith volcó el saco abierto. Cincuenta kilos de cemento cayeron de golpe sobre el desprevenido Gerson, cegándole por completo.

Un segundo más tarde, Phoebe le arrojó el agua contenida en el cubo. Los alaridos del sujeto atronaron el ambiente, repitiéndose en innumerables ecos por el interior del edificio.

—Otro saco —dijo él, de nuevo con la pala en la mano.

Y, cuando se disponía a descargar el golpe, vio a Cool a cuatro pasos de distancia, sonriendo perversamente, con el revólver en la mano.

Griffith reaccionó por puro instinto, con una velocidad que a él mismo le sorprendió. La pala voló por los aires, hacia el rostro de Cool, quien, al intentar esquivarla, tropezó con algo y cayó de espaldas.

El revólver se escapó de sus manos, aunque empezó a levantarse de inmediato. Griffith empujó un barril de agua y lo volcó. El impacto del líquido derribó nuevamente al sujeto. Griffith se asombró de la riqueza de maldiciones que poseía el hampón para expresar su disgusto. Pero se dijo que no debía dejarle reaccionar y, agarrando el bidón con ambas manos, le dio la vuelta y se lo encasquetó por la cabeza.

El barril medía casi dos metros de altura y cubrió completamente a Cool. Griffith arreó un tremendo puntapié al recipiente, que se volcó de inmediato.

La rampa estaba a unos pasos. Sin darle tiempo a rehacerse, empujó el barril con ambas manos y lo puso en el principio del

plano inclinado.

Los alaridos de Cool, al sentirse rodar dentro del cilindro de metal, resultaban estentóreos. La rampa, por otra parte, tenía el peralte conveniente para una mejor circulación de los vehículos y, además, disponía de protección en la curva exterior.

El barril aceleró su descenso. De pronto, en la planta inferior, aparecieron dos hombres.

Los hermanos Negro se sintieron llenos de pánico al ver aquella especie de proyectil rodante que se les echaba encima a toda velocidad. Aeneas, más ágil, se agarró a una columna y quedó suspendido en el vacío. Dick, sin tiempo para eludir aquella mole que descendía a toda velocidad, saltó al vacío.

Estaba en la segunda planta, de modo que la altura no era excesiva. Sin embargo, cayó encima de una gran caja de madera vacía, que se hizo astillas con su impacto. Tras el estruendo, se oyeron unos gemidos de dolor.

Aeneas, loco de rabia, abandonó la columna, con la pistola en la mano.

Griffith se había dado ya cuenta de la situación. Gerson estaba muy ocupado con el agua y el cemento que le cegaban por completo. El barril había terminado su descenso, al estrellarse con una columna, y en su interior, Cool se quejaba sordamente. Dick Negro hacía vanos esfuerzos por salir de aquel montón de maderas rotas.

En una fracción de segundo, tomó su decisión.

—¡Vamos, Phoebe!

Agarró su mano, tiró de ella y descendió la rampa a toda velocidad. Aeneas salía a su encuentro en aquel momento.

—¡Quietos! —aulló.

Hubiera sido lo mismo que detener a un torrente. Aeneas era un joven delgado, de peso más bien ligero. Griffith rondaba los ochenta kilos. Su hombro derecho golpeó poderosamente el cuerpo de Aeneas, lanzándolo fuera de la rampa, justo cuando su hermano se ponía en pie, sobre las ruinas del cajón. Dick Negro chilló al oír aquel proyectil humano que descendía.

Los dos cuerpos se confundieron en uno solo, tras un devastador choque. Sin dejar de correr, Griffith y la joven concluyeron su descenso.

Cool, gimiendo como un chiquillo, intentaba salir a gatas del barril, completamente mareado, sin tener la menor noción del lugar en que se hallaba. Ignorándolo por completo, Griffith pasó por su lado y se acercó a uno de los automóviles.

—Lo tomaremos prestado —decidió—. Entre, Phoebe.

Ella no se hizo de rogar. Segundos más tarde, abandonaban aquel lugar, dejando tras sí a cuatro hampones maltrechos, doloridos y humillados en su amor propio.

CAPÍTULO V

Griffith detuvo el coche a unos quinientos metros del lugar donde había tenido lugar la batalla. Miró a la joven y sonrió.

—Fue una buena pelea —dijo.

—He pasado mucho miedo —declaró Phoebe—. Todos ellos tenían pistolas.

—En esta ocasión, sólo como elemento de intimidación. No las hubieran utilizado contra nosotros, puede creerme.

—¿Cómo lo sabe? —se asombró ella.

Griffith saltó del coche, dio la vuelta y abrió la otra portezuela.

—Un poco de psicología —respondió—. Ellos creen que tenemos o que, por lo menos, sabemos dónde está el diario de Bertha. Si nos matasen, no lo conseguirían.

—Comprendo. Quieren que se lo entreguemos...

—En efecto.

—Pero si no lo tenemos, Mel, no les convenceremos.

—Eso ya lo sé. Por eso nos conviene investigar por nuestra propia cuenta. A mí, al menos —dijo Griffith.

—Sí, claro... Oiga, y hablando de otra cosa, ¿por qué nos hemos detenido aquí?

—Ahora lo verá.

Griffith agarró a Phoebe por un brazo y la apartó de la acera, pasando al otro lado de los arbustos que delimitaban el paseo que corría junto a la playa. Había un banco y la hizo sentarse allí.

Diez minutos más tarde, vio pasar un coche negro, que retrocedió casi de inmediato. Gerson, completamente manchado de gris, se apeó, subió al coche abandonado por la pareja y siguió al primero. Entonces, Griffith se puso en pie.

—Ya ha pasado el peligro, Phoebe.

Ella se levantó también. Griffith echó a andar.

—Mis finanzas no me permiten abandonar un coche que funciona magníficamente, así que volveré a aquel edificio en construcción, cambiaré la rueda y volveré a mi casa.

—¿Y después?

—Hoy, ya, descanso. Mañana, visita a Sterling Hanroe.

—¿Cree que será interesante?

—Eso espero. Además, Bertha vivía en alguna parte. Lo averiguaré e interrogaré a las personas de la vecindad.

—Labor de detective —sonrió Phoebe.

—Quiero encontrar al hombre que la mató y hacer que sienta todo el peso de la ley —respondió él ceñudamente—. Créame, no descansaré tranquilo hasta que lo haya conseguido.

—A la policía también le interesa, Mel.

—Para la policía sólo es un caso más, el de una chica que andaba mezclada con una turba de rufianes sin conciencia. Yo pude haberla ayudado y...

Phoebe puso una mano en el brazo del joven.

—No se atormente más. Usted no tenía ninguna obligación de creer en algo que parecía un disparate. En cambio, sí debe mostrarse precavido. Los Negro quizá vuelvan a intentar darle un disgusto.

—En tal caso, tendré que llamar a mi amigo el Gran Djahla Khan y a su ayudante Troople.

—¿Quiénes son éstos? —preguntó ella, sorprendida.

—Cualquier día de éstos se los presentaré —repuso Griffith evasivamente.

* * *

—He estado buceando en mi imaginación y, por más que lo he intentado, no he conseguido hallar los motivos por los cuales un profesor de filosofía tiene interés en hablar conmigo —dijo Sterling Hanroe a la mañana siguiente—. Bien, usted tiene la palabra, profesor —añadió sonriendo.

Griffith paseó la mirada por el lujoso despacho en que había sido recibido. Los colores de la decoración eran suaves, relajantes, y todo indicaba la mano de un experto en la materia. En cuanto a

Hanroe, se trataba de un individuo de unos cuarenta años, elegante, muy atildado, con cabellos blancos en las sienes y sonrisa amable, pero con unos ojos que tenían la dureza de la obsidiana volcánica.

—Escuché su nombre hace unos días, señor Hanroe —declaró el visitante—. Por casualidad, me encontraba cerca del lugar donde fue asesinado Mark Neggo, apenas salido de San Quintín. Sus hermanos, lógicamente furiosos, despotricaron contra todo y contra todos, y en la sarta de maldiciones que soltaron, capté su nombre. No escuché más detalles, pero su nombre, puedo asegurárselo, sonó con absoluta claridad.

—Entiendo. Ellos creen que yo tuve algo que ver con la muerte de Mark, pero no es así.

—O sea, le consideran un enemigo.

—Ellos piensan así de mí —sonrió Hanroe.

—¿Y usted de ellos?

—Lo mismo que pienso de otras personas. Ni me benefician, ni me perjudican. Aunque mis actividades sí parecen perjudicarles.

—¿Puedo saber por qué, señor Hanroe?

—Los Neggo son una colección de granujas, que han prosperado merced a la sangre y a la violencia. Ahora quieren cubrirse con una capa de respetabilidad, pero, naturalmente, obteniendo al mismo tiempo un succulento provecho. Lo que vulgarmente se define como «matar dos pájaros de un tiro».

—Fascinante —calificó Griffith—. Continúe, por favor.

—Los Neggo quieren conseguir el paquete mayoritario de acciones de la Greenfield Electronics Supplies, una empresa relativamente pequeña, pero muy afamada, con una reputación internacional realmente notable y un elevado volumen de ventas al exterior. Yo soy el asesor legal de la empresa y lucho para que esos bastardos no metan en ella sus sucias manos. Ahí tiene usted el origen de sus antipatías hacia mí.

—Comprendo. De modo que el asunto se centra en la compra de cierto número de acciones de la G. E. S.

—Exactamente, el cincuenta y uno por ciento, con lo que obtendrían el control de la compañía.

—Astutos, los tíos —sonrió Griffith—. Bien, muchas gracias, señor Hanroe. Por supuesto, le exculpo a usted de cualquier relación

con la muerte de Mark Neggo.

—Eso tuvo que hacerlo Ewin Castle —dijo Hanroe.

—¿Quién es ese individuo?

—Si le estorba a usted una persona, reúna cinco mil dólares y busque a Castle; él se encargará de eliminar ese estorbo.

Griffith se estremeció.

—Un asesino profesional —murmuró.

—Exactamente. Y ahora, por favor, dígame por qué un profesor de Filosofía se interesa por un sórdido asunto como el que hemos estado discutiendo.

Griffith se puso en pie.

—Conocí a una chica llamada Bertha Wendell. Sabía que estaba amenazada de muerte por los Neggo. Es más, iba a casarse con Mark...

—Conozco la historia —le interrumpió Hanroe—. Pero si quiere más datos, vaya a ver a Alvin Mackelt. Es capataz de una sección de la

G. E. S.

También conocía mucho a Bertha. Quizá él pueda darle detalles sobre este asunto que tanto le apasiona.

—Lo haré —prometió Griffith.

* * *

Regresó a su casa, se sentó en un sillón, frente al mar, con la ventana abierta, y cerró los ojos.

El tiempo había empeorado súbitamente. Corrían unas nubes bajas, ventradas, por el cielo, y las olas retumbaban fragorosamente al explotar en la playa. Durante unos momentos, permaneció en aquella postura, hasta que, de pronto, oyó el timbre de la puerta y se puso en pie.

El hombre que estaba en el umbral era más bajo, achaparrado y de mandíbula de mastín. En la mano izquierda sostenía una carterita con una placa de metal inconfundible.

—Teniente Hampton, de Homicidios. ¿Puedo hablar con usted, profesor?

Griffith se apartó a un lado.

—Venga a la cocina y tornaremos café juntos, teniente —

propuso.

—Gracias.

Los dos hombres atravesaron la casa. Hampton miró a través de la ventana abierta.

—Huele a yodo y se oye el bramido de las olas. A mí también me gustaría vivir aquí, profesor —comentó.

—Hay algunas casas libres y se alquilan en buenas condiciones —sonrió Griffith.

Encendió el fuego y arrimó la cafetera. Luego ofreció cigarrillos a su visitante.

—Empiece cuando guste, teniente.

—Bertha Wendell —dijo Hampton escuetamente.

—La conocí el día anterior a su muerte.

—Asistió a su funeral y al entierro.

—Me pareció un deber ineludible.

—¿Por qué?

—Ella sabía que iba a morir. Me lo dijo así. Yo la tomé por una chiflada o por una joven con un macabro sentido del humor. No puedo quitarme de la cabeza que pude haber hecho algo...

—Y no lo hizo.

—No, y lo lamentaré mientras viva. Teniente, ¿qué hacen los Neggo?

—Juego, apuestas ilegales, «protección», prostíbulos y todo lo que usted quiera.

—Son una banda muy bien organizada, creo.

—Sí.

—Happ, el mayor, es el que dirige las operaciones.

—En efecto.

—Con una mano de hierro, según creo.

—Y no se pone precisamente un guante de terciopelo —sonrió Hampton.

—Teniente, ¿por qué están en la calle esos miserables?

—Ya conoce la ley: se necesitan pruebas para condenar a una persona.

—Y ellos procuran que jamás se encuentren esas pruebas.

—Exactamente.

—¿Sabe si en los últimos tiempos han intentado tomar parte en un negocio de envergadura, teniente?

—Todos los días hacen algo parecido a lo que usted acaba de decir, profesor —respondió Hampton.

Griffith retiró la cafetera del fuego y llenó dos tazas.

—En su opinión, ¿quién asesinó a Mark?

—El chico era un angelito y tenía más enemigos que todos sus hermanos juntos. Para evitar que lo liquidasen, se dejó condenar una temporada y fue a San Quintín. Cuando creyó pasado el peligro, hizo que lo soltasen, con libertad bajo palabra.

—Eso no responde a mi pregunta, teniente.

—Nosotros tampoco conocemos la respuesta, profesor.

—¿Pudo hacerlo un tal Ewin Castle?

Hampton se sobresaltó.

—¿Quién le ha dicho ese nombre?

Griffith sonrió.

—Se le va a enfriar el café, teniente —dijo.

Hampton soltó un bufido y luego tomó un par de sorbos de café.

—Castle tiene una coartada inatacable —contestó.

—No es que yo sea un experto, pero todos los tipos como Castle, cuando cometen un asesinato, se preparan una buena coartada. En este caso, ¿«quién» es la coartada?

—Una bailarina del Six-Sex-Hall. Se llama Audie Barris.

—Hablaré con ella.

—No conseguiré nada. Es una pájara de cuenta, con muchas horas de vuelo.

—Por intentarlo no se pierde nada, teniente —sonrió Griffith—. ¿Ha oído hablar alguna vez de un abogado llamado Sterling Hanroe?

—Es asesor legal de varias empresas. En algunas ocasiones también ha intervenido como defensor en juicios criminales.

—¿Qué opina de Hanroe, teniente?

—Muy hábil, un genio en su profesión, pero...

—Pero ¿qué?

—Yo no pondría la mano en el fuego por él.

—O sea, tiene sus «defectillos».

Hampton sonrió.

—Le gustan la buena mesa, los buenos vinos, los Rolls-Royce, con rubia de cupo, y tiene un yate de dieciocho metros.

—Buena vida.

—De petrolero griego.

—Los hay con suerte. En cambio, usted, luchando por un sueldo, yo por lo mismo... ¿Qué tal es el Six-Sex-Hall?

—Sólo para estómagos encallecidos. Si quiere hablar con Audie, vaya mejor a su casa, en los Apartamentos Monahan.

—Iré a verla. ¿Más café, teniente?

—Profesor...

—¿Sí?

—El policía soy yo y soy yo el que vino a interrogarle.

—Exacto.

—Pero ha sido al revés. Usted me ha sometido a un profundo interrogatorio.

—¿Tiene eso algo de malo?

—No, salvo que he estado soltándolo sin darme cuenta.

Griffith se echó a reír.

—En mi profesión entra también una buena dosis de psicología, teniente —contestó.

—Me voy de esta casa con la impresión de dejarme la cabellera encima de una consola —refunfuñó Hampton—. Pero si averigua algo, no deje de llamarme inmediatamente, profesor.

—Descuide, teniente.

Hampton se marchó. Griffith encendió un cigarrillo y se acercó al ventanal. Pasados unos momentos, consultó la hora.

Aún tenía tiempo de ir a visitar a Alvin Mackelt, el capataz de la Greenfield Electronics Supplies.

CAPÍTULO VI

El conserje del edificio donde vivía Mackelt le dijo que no había llegado todavía. Griffith retrocedió hasta su coche y se sentó a esperar al capataz, situado a unos veinte metros de la casa, en un lugar donde había encontrado un hueco para estacionar el automóvil. Para distraerse, conectó la radio.

Durante unos minutos, escuchó música. Pasado un cuarto de hora, vio que llegaba un coche. El conductor se apeó, disponiéndose a cruzar la acera.

Era Mackelt. Griffith no le había visto nunca, pero sabía que era joven y bien parecido. Cuando abrió la portezuela de su coche, vio que otro individuo salía de la casa.

Los dos hombres se cruzaron. De pronto, el segundo se volvió y sacó una pistola. Disparó un solo tiro, certero, fulminante. Alcanzado en la nuca, Mackelt cayó sin saber qué le había sucedido.

Griffith tenía ya un pie en la acera y se quedó helado, aturdido por el increíble suceso, que se había desarrollado en cuestión de segundos. Antes de que pudiera mover un solo dedo, el asesino subió a su coche y arrancó de inmediato.

Sin embargo. Griffith tuvo la suficiente serenidad para retener en la memoria la matrícula del automóvil que se alejaba. Ya no podía hacer nada por Mackelt; su muerte había sido instantánea y, por otra parte, no quería que lo viesen a su lado.

Los acontecimientos se habían desarrollado con tanta rapidez, que la gente apenas si había tenido tiempo de enterarse. Pero, de pronto, una mujer vio el cuerpo tendido en el suelo, sangrando por la cabeza, y lanzó un estridente chillido.

Griffith buscó con la vista una cabina telefónica. En el mismo instante, acertaba a pasar un coche de patrulla. Alguien le hizo

señas de que se detuviese y el conductor arrimó el automóvil a la acera.

El joven corrió hacia el coche patrulla. Uno de los policías desembarcaba entonces.

—Soy el profesor Griffith —se presentó—. He presenciado ese asesinato y deseo hablar inmediatamente con el teniente Hampton, de Homicidios, Vamos, pronto, pida comunicación inmediatamente a la central. Tengo la matrícula del coche que usaba el asesino...

El policía reaccionó con rapidez.

—Sí, ahora mismo, profesor. Tú —se dirigió a su compañero—, cuídate de que nadie toque nada.

Segundos después, tendía el micrófono a Griffith.

—Ya puede hablar, profesor.

—Gracias. Teniente... Soy Griffith... Precisamente venía a visitar a Mackelt cuando se produjo el crimen... No, no recuerdo muy bien las facciones del asesino, pero sí me fijé en su coche. Un sedán verde oscuro, del 76, no me fijé demasiado en el tipo... Anote la matrícula; de esto sí estoy absolutamente seguro... Bien, teniente, si me necesita para algo, estaré en mi casa. De nada, hombre... Hasta la vista.

Devolvió el micrófono al policía y lanzó una mirada de pesar al cuerpo inerte que yacía sobre la acera.

—Ha sido muy amable —murmuró.

—Es nuestro deber, profesor —contestó el agente.

Griffith regresó a su coche. En el fondo de aquellas muertes, adivinó, estaban las acciones de la Greenfield Electronics Supplies. Un bocado muy apetitoso para algunos tipos a quienes las vidas ajenas tenían sin cuidado.

* * *

Llamó al timbre y se apoyó en la puerta, con aire de resignación. A los pocos momentos, alguien abrió y le miró críticamente.

—¿Qué quiere? —preguntó la mujer con desabrimiento.

Griffith se enderezó. Audie Barris era una mujer guapa, de unos treinta años, de senos voluminosos y caderas de yegua. «A saber qué numeritos haría en el local», pensó.

—Usted es Audie Barris.

—Aceptémoslo como una carga —contestó ella de mal humor—. ¿Qué es lo que vende usted, hermano?

—No vendo. Compró.

Audie se echó a un lado.

Suspiró.

—¿Alguna preferencia? —consultó profesionalmente—. La tarifa son cien dólares. O doscientos si...

—Parece ser que el empleo en el Six-Sex-Hall no da lo suficiente para vivir —comentó Griffith.

—Complemento mis ingresos con algún trabajo adicional —contestó Audie con toda naturalidad—. Pero no me gusta perder el tiempo, buen mozo. Ah, las copas son gratis. ¿Qué quieres beber?

—Todavía es pronto. De modo que doscientos...

—Si tanto empeño tienes... —Audie se quitó la bata y quedó completamente desnuda—. Puedes quitarte la ropa —indicó.

—No he venido a pasar un rato contigo, aunque si te daré doscientos dólares. Audie, ¿es cierto que Ewin Castle estuvo contigo todo el día veintidós de julio?

Ella tenía la bata en la mano y dirigió al joven una centelleante mirada.

—¿Policía?

—¿Has visto a algún policía que pague doscientos dólares por la respuesta a una sola pregunta?

—Ewin me pagó quinientos dólares —dijo ella intencionadamente.

«No tiene conciencia. Se vende al que paga más», pensó Griffith. —Lo siento, no dispongo de tanto dinero.

—Búscalos y ven a buscar la respuesta.

—Así lo haré.

Griffith se encaminó hacia la puerta.

—Así que si te pago quinientos...

—Seiscientos. Un poco más, ¿no te parece? —sonrió Audie.

—Es decir, por seiscientos dólares estás dispuesta a declarar que no es cierto que Ewin estuviera contigo en el momento en que se produjo la muerte de Mark Negro.

Audie abrió la boca, completamente desconcertada. Griffith sonrió y abrió la puerta.

—Acabo de ahorrarme seiscientos dólares —se despidió.

Detrás de él, sonó una horrible maldición. Cuando cerraba, oyó el ruido de un jarrón que se rompía contra la puerta. Riendo, se encaminó en busca del ascensor. Ahora ya sabía que Castle era el que había asesinado a Mark Negro.

En cambio, no se sabía nada del asesino de Mackelt. Los datos suministrados por Griffith no habían servido para nada, ya que el criminal había huido en un coche robado, que abandonó a menos de mil metros del lugar de los hechos. Y la segunda coartada de Castle, según el teniente Hampton, era muchísimo más consistente que la primera. Varias personas, de algunas de las cuales no podía dudar, garantizaban la inocencia de Castle en la muerte de Mackelt.

Un poco más adelante, vio una cabina telefónica. Las cosas podían ponerse mal y decidió prevenirse, por medio de una llamada a un buen amigo, de cuya ayuda no podía dudar un solo momento.

* * *

Hacia las dos de la tarde, vio un coche que se detenía frente a la casa. Reconoció a la conductora y se dispuso a recibirla.

—Confieso que no la esperaba, Phoebe —dijo, a la vez que tomaba la mano de la joven.

—Me ha tenido abandonada todos estos días —se quejó ella.

—Usted estaba a la intemperie, envuelta en una manta rota, soportando la ventisca, mientras yo disfrutaba al calor del fuego.

—Oh, no me venga con cuentos lacrimógenos. ¿Por qué no me ha llamado, Mel?

—Pensé que estaría ocupada. Por lo visto, le agrada hurgar en las tripas de los aparatos de radio. ¿Arregla también relojes?

Phoebe le miró oblicuamente.

—Mel, dígame, ¿qué ve en mí? Sea brutalmente sincero, no ahorre palabras gruesas, si estima que debe pronunciarlas.

—Está bien. Veo a una hermosa muchacha, que parece un modelo digno de contemplarse en las primeras páginas de todas las revistas, inmensamente rica, tal vez un poco caprichosa y que, aburrida, se dedica en ocasiones a la inocente manía de reparar aparatos de radio. En otras ocasiones, juega a los detectives conmigo. Tal vez piensa que son métodos apropiados para llenar

una vida vacía.

Ella sonrió de una forma especial.

—Usted se ha elaborado una imagen estereotipada de lo que es una rica heredera —dijo—. Sí, tengo dinero, soy atractiva, me gustan las ropas elegantes... pero también soy aficionada a otras cosas. Por ejemplo, no hace siquiera dos meses, me doctoré en Física, rama electrónica.

Griffith sintió que se le aflojaba la mandíbula.

—No —murmuró.

Phoebe fue a la estantería de las botellas, puso dos dedos de *whisky* en un vaso y se lo entregó al joven.

—Creo que le está haciendo falta —dijo.

—Y tanto —rezongó él—. He metido la pata hasta...

—No se lo reproche. Si fuese usted el único... —suspiró Phoebe—. Pero, aparte de que es algo que me gusta, le estoy sacando una notable utilidad al título.

—¿Ah, sí? ¿Qué clase de utilidad, Phoebe?

En aquel instante, se oyó un extraño ruido dentro de la casa. Phoebe miró hacia el lugar de donde procedían aquellos sonidos.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—No se preocupe. Antonia está cambiando unos muebles de sitio y... Vaya, me parece que tenemos visita —exclamó Griffith súbitamente—. Phoebe, luego continuaremos discutiendo la utilidad de su doctorado en Física —añadió.

El visitante llegó a la puerta y golpeó con los nudillos. Griffith abrió.

Era un hombre joven, bien parecido, de pómulos ligeramente salientes y ojos muy claros, en los que advertía una dureza sin límites.

—Soy Ewin Castle —dijo lacónicamente.

* * *

A pesar que se encontraba frente a un hombre que mataba por dinero, Griffith supo mantener su serenidad.

—Pase usted, señor Castle —dijo—. Permítame presentarle a la señorita Van Kruger. Phoebe, el señor Castle.

Ella hizo una leve inclinación de cabeza.

—¿Cómo está? —murmuró.

Castle pronunció unas frases de rutina. Luego se volvió hacia el dueño de la casa.

—He venido a hablar a solas con usted, profesor.

—Imagino los motivos de su visita y debo decirle que no tengo secretos con la señorita Van Kruger, al menos, en este asunto. Puede hablar con toda tranquilidad, señor Castle.

—Está bien. Voy a ser muy breve. Deje de molestarme, profesor. Yo no maté a Mark Neggo. ¿Lo entiende?

—Por lo que he podido deducir, si no lo mató, al menos, en aquellos momentos, no estaba usted con Audie Barris.

—Dónde estaba yo, en esos momentos, es cosa que no le importa en absoluto. Procure no molestarme más o...

—Audie ha actuado muy rápidamente al darse cuenta de que no recibiría seiscientos dólares por declarar lo contrario de lo que dijo a la policía. Usted le dio quinientos para que le ayudase en su coartada. Si otro le ofrece seiscientos, dirá lo que le ordenen. ¿Es que no lo comprende?

—Quien no lo comprende es usted, profesor. —Súbitamente, Castle sacó una pistola con silenciador y apuntó a una de sus piernas—. Voy a darle una lección para que no vuelva a molestarme en los días de su vida.

Phoebe lanzó un gemido de susto. Sin inmutarse, Griffith levantó una mano.

—Un instante, por favor, señor Castle —rogó con gran cortesía—. Antes de que gaste un cartucho en mi modesta persona, voy a presentarle a un buen amigo.

Desconcertado por la sangre fría del joven, Castle no supo reaccionar. Griffith se levantó, cruzó la estancia y abrió una puerta.

—Le presento a mi buen amigo Troople —sonrió.

Con paso indolente, emitiendo ligeros gruñidos, a la vez que movía la cabeza y enseñaba unos pavorosos colmillos, un enorme tigre de Bengala hizo su aparición y, caminando lentamente, fue a echarse a los pies del sillón que hasta entonces había ocupado el dueño de la casa.

CAPÍTULO VII

Aterrada, Phoebe, que estaba en el diván, ocultó infantilmente las piernas bajo el cuerpo. Castle abrió y cerraba la boca espasmódicamente, emitiendo incoherentes sonidos de pánico.

Sin dejar de sonreír, Griffith volvió a su sillón y, sentándose con aire displicente, acarició la cabeza del felino.

—Deje la pistola en el suelo, junto a su pie derecho, y siéntese en ese sillón, señor Castle —dijo—. Troople me obedece ciegamente y está entrenado para atacar, mediante una palabra que no quiero pronunciar para que no salte a su garganta, ya que le destrozaría el cuello de un solo zarpazo. Eso es, muy bien, así, sentado, podrá contestar a mis preguntas... y no me haga decir esa palabra.

Castle sudaba copiosamente, con la vista fija en el tigre. Había recibido una sorpresa absoluta. Un feroz tigre de Bengala era lo que menos había sospechado podía utilizar Griffith como arma defensiva.

—P... por favor, contenga a esa fiera... No me la eche encima... —sollozó—. Le diré lo que quiera...

—¿Mató a Mark Neggo?

—No... no lo hice yo.

—Entonces, ¿por qué diablos compró a Audie Barris?

—Sabía que la policía me achacaría esa muerte... No tenía medios de probar lo contrario...

—Entonces, ¿estaba con otra persona? —sospechó Griffith.

—Sí.

—Dígame su nombre.

—No tiene nada que ver con este asunto, se lo juro. Es... una mujer decente. Créame, no quiero comprometerla... Soy sincero, profesor...

—Muy bien, estaba con una dama que no tiene nada que ver con este asunto y a la que, de momento, dejaremos fuera del caso. Ahora, dígame, ¿mató a Mackelt?

—Tampoco... Tampoco lo hice yo...

—¿Conoce al asesino?

Castle vaciló.

—¡Conteste! —exigió Griffith.

—Fue... Rennie Clapham... Trabaja para los Neggo...

—Si Mackelt era tan amigo de Bertha, su muerte casi parece lógica, ¿no cree, Phoebe?

La muchacha, que no apartaba la vista del tigre un solo instante, hizo un gesto afirmativo.

—Parece lógico, en efecto —concordó.

—Muy bien, Castle, la visita ha terminado. Ahora váyase y no vuelva a importunarme más o azuzaré a Troople. ¡Fuera!

El tigre emitió un atronador rugido: Castle se puso en pie, dio media vuelta y escapó a toda velocidad.

Griffith soltó una alegre carcajada. Luego dio una palmadita en la cabeza del felino.

—Anda, Troople, levántate y saluda a la señorita.

El tigre se puso en pie, caminó hacia el diván, levantó la pata derecha y la puso sobre una de las rodillas de la joven. Luego abrió la boca y emitió unos suaves gruñidos.

—Quiere que le haga caricias. Troople es muy sensitivo —dijo Griffith.

Tímidamente, sin atreverse a respirar siquiera, Phoebe paseó la mano por la cabeza del animal. Troople volvió a gruñir y luego se retiró junto al sillón de Griffith.

—Me siento pasmada —confesó ella—. ¿Es cierto que si pronuncia cierta palabra, podría saltar al cuello de una persona que intentase hacerle daño?

—Muy cierto —respondió él con grave acento. Se puso en pie—. Troople, la visita ha terminado; anda a tu cuarto.

El tigre se levantó y, escoltado por el joven, volvió a la habitación en que había estado hasta aquel momento. Griffith cerró la puerta, fue al teléfono, levantó el aparato y pidió comunicación con el teniente Hampton.

—¿Teniente? —dijo momentos más tarde—. Ya sé quién mató a

Mackelt. Se llama Rennie Clapham y es uno de los hombres de Neggo... ¿Cómo lo he sabido? Hombre, yo no le pregunto a usted qué hace para resolver sus casos... De todos modos, puedo decirle que Castle es inocente de la muerte de Mark Neggo y la de Mackelt... De nada, hombre. Adiós.

Dejó el teléfono en su sitio y se volvió sonriendo hacia la joven.

—Y ahora —dijo—, podemos continuar la conversación en el mismo punto en que la interrumpió la visita de Castle.

Phoebe se dio unas palmaditas en el pecho, a la vez que aspiraba el aire con fuerza.

—Mel, no es que yo sea una chica cobarde, pero hay cosas que siempre le sorprenden a una. Por ejemplo, el tigre de Bengala, considerado como animal doméstico. Todavía no he reaccionado, ¿sabe?

—Se comprende —contestó él—. ¿Y...?

—Café, por favor. O me desmayaré aquí mismo.

* * *

—El Gran Djahla Khan y yo estudiamos juntos. Por supuesto, Djahla Khan es el nombre artístico. A él le gustaron siempre las cosas del circo y se enroló en uno antes de terminar sus estudios. Hace algunos años, yo pensé que, para mis investigaciones, resultaría muy útil pasar unos meses en un circo, como simple mozo de pista, claro, ya que no tengo ninguna otra habilidad.

—En resumen, usted andaba buscando el conocimiento de las gentes —dijo Phoebe, algo más repuesta y tras haber tomado una taza de café.

—Sí, efectivamente. Djahla Khan tenía, y tiene, un número de tigres amaestrados. Una de las tigresas iba a tener cachorros, sólo uno pudo salvarse, precisamente el que ha visto hace unos momentos.

—Adivino lo que hizo: crió al cachorro...

—Tal como lo ha dicho. Lo crié a biberón y estuve casi un año a su lado. En ese tiempo, lo amaestré a mi gusto y, aunque le parezca mentira, conmigo era un manso corderillo.

—Aplicó usted las reglas de Lorenz con sus gansos.

—Sí, fui una especie de mamá ganso —rió Griffith—. Lorenz

incubaba los huevos y sustituía a la gansa madre y los polluelos le seguían por todas partes... Algo de eso sucedió con Troople y, como ha podido apreciar, el tigre no ha perdido la memoria.

—¿Piensa tenerlo aquí todos estos días?

Griffith asintió.

—Djahla Khan está enfermo, más exactamente, convaleciente de una pulmonía. Precisamente por eso me pidió que le guardase a Troople en casa durante algunos días.

—Pero un tigre no puede estar encerrado...

—Claro que no. Lo saco a pasear un rato por las noches y otro al amanecer. Y si tengo que salir de casa, él la guarda.

—Su asistenta protestará...

—Protestó, largándose a todo correr, en cuanto me vio venir con el tigre —dijo el joven riéndose—. ¿Quiere más café?

Phoebe se puso en pie.

—No, muchas gracias. Le veré otro día... cuando Troople haya vuelto con su dueño.

—El dueño soy yo, pero se lo tengo cedido al domador.

—Entonces, cuando el domador esté curado. Buenas noches, Mel.

—Buenas noches, Phoebe.

La joven se marchó. Griffith quedó junto a la ventana, contemplándola hasta que se hubo perdido de vista. Al cabo de unos minutos, fue a la cocina y empezó a preparar cena para dos.

Troople devoró en un santiamén su cena. Griffith meneó la cabeza. Nunca se acostumbraba a ver comer al felino.

—A veces te envidio —murmuró.

Luego se levantó, recogió los cacharros y, al finalizar, basqueó los dedos.

—Troople, hace una noche magnífica. Vamos a darnos un buen paseo.

El tigre emitió un ronroneo de satisfacción y pegado a las piernas del joven, se dirigió hacia la salida.

* * *

Fue un paseo muy agradable. Griffith sintió que se había relajado y confió en pasar una noche de sueño sin preocupaciones.

Cuando regresaba a su casa, tras abandonar la zona de la playa, vio que una sombra se destaraba a su encuentro.

—¿Profesor Griffith?

El joven, sorprendido, se detuvo.

—Sí. ¿Quién es usted?

—Clay Patrick Neggo, más conocido por Happ —dijo el sujeto, apenas visibles sus facciones en la casi total oscuridad del lugar—. He venido a que me entregue el diario de Bertha Wendell, profesor.

—No lo tengo, señor Neggo...

—Le agradeceré no me haga perder la paciencia. Mi tiempo es muy limitado, profesor.

—Hay una nota de amenaza en su voz, Happ —contestó Griffith tranquilamente—. ¿O es ilusión de mis sentidos?

—No es ninguna ilusión. Profesor, en estos momentos, hay un amigo mío apuntándole con una pistola. Disparará a matar si me acaricio la oreja izquierda. Y empiezo a sentir cierto picor...

—Hablemos como personas civilizadas, señor Neggo. ¿Qué tiene ese diario que tanto le interesa a usted?

—Nada que pueda importarle, profesor.

—¿Anotaciones de hechos muy comprometedores? Oiga, aunque ese diario acabase en un tribunal, no tendría validez alguna como prueba jurídica. El abogado más inexperto destruiría en un santiamén las tesis del fiscal. Sólo son, diría, anotaciones de una muchacha con imaginación, no corroboradas por pruebas ulteriores. Además, en los dos últimos años, Bertha Wendell estuvo desempeñando un trabajo digno, decente; no tuvo tiempo para relacionarse con ustedes, aunque fuera a casarse con Mark. Por tanto, el diario...

—Ahórrese comentarios, profesor. El diario nos interesa, eso es todo. Y cada vez me pica más la oreja, puedo asegurárselo.

—Bueno, si se pone tan obstinado... Llamaré al que me lo guarda, para que se lo entregue. ¡Aquí, Troople!

El tigre surgió de las tinieblas silenciosamente, como un fantasma negro y amarillo. Abrió la boca e hizo una mueca que puso hielo en la espalda de Neggo.

—¿Qué es eso? —chilló—. ¿De dónde ha salido ese maldito tigre?

—¡Échate, Troople! —ordenó Griffith.

El tigre obedeció. Neggo tenía los ojos fuera de sus órbitas.

—Happ, le doy diez segundos para que ordene a su esbirro que venga aquí, con las manos en alto y el rifle bien a la vista —dijo el joven severamente—. Pasado el tiempo, le echaré el tigre encima.

—No, no... Usted bromea...

—Le haré una demostración —contestó Griffith fríamente—. ¡Troople, ata...!

El tigre se enderezó instantáneamente, enseñando los dientes con gesto amenazador. Neggo lanzó un chillido.

—Si completo la palabra, Troople le destrozará —siguió Griffith—. Y, créame, si su esbirro emplea, como me imagino, un rifle de calibre veintidós, entonces esas balas sólo harán cosquillas a mi tigre. ¡Llámelo! —rugió el joven.

—¡Rennie! —chilló Neggo—. Ven, con el rifle en alto... No lo dispares, por lo que más quieras...

Un hombre se hizo visible, sosteniendo su fusil con ambas manos. Los ojos de Rennie estaban fuera de sus órbitas.

—Tire el arma, Rennie —ordenó Griffith.

El mandato fue cumplimentado en el acto. El rifle cayó blandamente sobre la arena.

—Ahora, Happ, le diré una cosa: no tengo el diario. Me crea o no, ésa es la pura verdad. Pero si lo tuviera, por supuesto, no se lo entregaría al hombre que asesinó canallescamemente a una buena y decente muchacha.

—¡Yo no lo hice! —protestó Neggo.

—¡Fuera, lárguense!

Neggo y su acólito se alejaron a trompicones, locos de terror, temerosos de que Griffith les azuzase la fiera. En pocos segundos, se perdieron en las tinieblas.

De repente, se oyeron unos gritos:

—¡Alto! Entréguense... ¡Policía!

Sonó una maldición. Griffith vio brillar un fogonazo anaranjado a unos cien pasos de distancia. El estampido de la detonación llegó a sus tímpanos casi en el acto.

La noche se vio taladrada por más chispazos, mientras el silencio era quebrantado por los chasquidos de las pistolas. Luego, alguien dio la orden de alto el fuego.

La voz de Neggo sonó llena de pánico:

—¡No tiren, me rindo!

Griffith, acucillado junto al tigre, acariciándole la cabeza, para evitar se excitase, sonrió en las tinieblas.

—Bertha Wendell, creo que estás vengada —murmuró.

Un hombre llegó minutos más tarde y se plantó junto a Griffith, que estaba sentado plácidamente en los escalones que conducían al porche de su casa.

—Gracias por la información, profesor —dijo Hampton.

—De nada, teniente. Fue un placer.

—Rennie Clapham ha muerto. Se dio cuenta de su mala situación y prefirió intentar la huida, abriéndose paso a tiros.

—¿Neggo?

—Lo hemos arrestado, acusado de complicidad en las muertes de Bertha Wendell y de Mackelt. No lo va a pasar muy bien, créame.

—Los malos ratos de los tipos como Neggo hacen la felicidad de gentes como usted y como yo —sonrió Griffith.

—Desde luego. ¿Habló con Neggo, profesor?

—Oh, sí, de temas sin importancia. No era nada de particular.

—Comprendo. Profesor, me extraña que esté levantado todavía.

—Es que estuve paseando al tigre.

Hampton respingó.

—¡Vaya una broma! —gruñó.

Giró sobre sus talones y se marchó. Griffith sonrió en la oscuridad. Troople estaba ya en su cuarto y no había querido enseñárselo al policía, para evitar conflictos. Seguramente, le habrían hecho llevarlo al «zoo» y eso era algo que no le gustaba en absoluto.

Al cabo de unos momentos, estiró los brazos y bostezó.

—A dormir, Mel —se ordenó a sí mismo.

Luego se sintió muy extrañado, porque estaba pensando en Phoebe.

CAPÍTULO VIII

—¿Se encuentra bien su tigre guardián? —preguntó Phoebe una semana más tarde, mientras almorzaban en el mismo restaurante del que tiempo atrás se habían visto obligados a salir a toda prisa.

—Oh, sí, el domador está curado ya y vino a buscarlo ayer. Hoy ha vuelto la señora Villa y tiene abiertas todas las ventanas de la casa. Dice que el olor a tigre es realmente insoportable, en lo cual debo darle toda la razón.

—Troople se sentirá muy triste sin usted.

—No lo crea. El domador me ha dicho que Diana, la tigresa, empieza a hacerle carantoñas. En fin, cosas de biología, Phoebe.

Ella sonrió.

—Es un animal realmente bello, pero, la verdad, todos los días en casa, acabaría por ponerme nerviosa —dijo.

—Lo comprendo, Phoebe. Alguna vez la invitaré a acompañarme a visitarle en el circo.

—Iré con mucho gusto, Mel. ¿Cómo va el asunto Neggo?

—Bueno, no lo tiene realmente fácil, aunque ha salido en libertad mediante una elevada fianza. Parece ser que sus abogados alegaron que Clapham actuó por «propia iniciativa» y que el juez admitió la circunstancia, aunque ha estimado pueden existir motivos para procesarle por complicidad.

—El proceso acabará en nada —vaticinó ella.

—Sí, seguro. Si Neggo le dio la orden de matar a esas dos personas, no lo hizo delante de testigos ni mucho menos por escrito. Y, aunque sea un poco vergonzosamente, debemos admitir que Bertha está vengada.

Phoebe lanzó un hondo suspiro.

—Pobre muchacha... Si lo hubiera sabido... Pero parecía tan

contenta por casarse con Mark...

—Hay cosas que no se pueden predecir —murmuró Griffith—. Pero hablemos de otro tema. Oiga, ¿de qué le sirve a usted su título de doctora en Física?

Ella sonrió maliciosamente.

—Entre otras cosas, para comprobar ciertos aparatos que fabrica la Greenfield Electronics Supplies, empresa de la que soy accionista mayoritaria.

Griffith oyó aquel nombre y abrió la boca, estupefacto, Phoebe continuó:

—Hace ya tiempo que algunos de nuestros aparatos salen al mercado con ciertos defectos estructurales, que anulan en buena parte su funcionamiento. Precisamente en los últimos meses, habíamos recibido una solicitud de la Armada para la fabricación de una serie de detectores ultrasensibles y, si conseguimos el contrato, nos harán un pedido importantísimo. Sin embargo, empiezo a tener la sensación de que hay una mano negra que evita la perfecta conclusión de los aparatos.

—Sabotaje, ¿eh?

—Algo por el estilo, Mel.

—Y usted no se fía de los equipos de control de su fábrica...

—Quiero hacer pruebas por mí misma, eso es todo.

—¿Ha encontrado el fallo?

—Todavía no, aunque estoy muy cerca de conseguirlo. Un par de pruebas más y podré señalar el fallo, sin lugar a dudas. Entonces, compararé mi trabajo con el de los equipos de control.

—Y eso, supongo, le permitirá encontrar al culpable.

—Sospecho que sí, Mel.

Griffith la miró penetrantemente.

—Phoebe, ¿le han formulado en alguna ocasión propuesta de compra de su paquete de acciones?

—Por supuesto. ¿Cómo lo sabe?

Griffith hizo un gesto con la mano.

—Siga —pidió.

—Bueno, recibí la oferta, pero no me pareció aceptable. Una vez consigamos el pedido, la fábrica se revalorizará enormemente, no sólo por los aparatos que podamos construir para la marina de guerra, sino por la repercusión que pueda tener para empresas

privadas.

—¿Quién le hizo la oferta?

—Mi abogado, Staunton Davies Farrell. Me aconsejó que no la aceptase —contestó Phoebe.

—¿Le dijo Farrell el nombre de la persona que le hacía la oferta?

—Mencionó un nombre, pero ya no lo recuerdo...

—¿Hanroe?

Phoebe respingó.

—¿Qué tiene que ver ese sujeto con la compra de mis acciones?
—se sorprendió.

—Representa a los Negro, aunque aparente lo contrario.

Ella se horrorizó.

—Oiga, no irá a decirme que esa banda de criminales pretende...

—Los Negro son institución en la ciudad, no precisamente benéfica. A fin de borrar su mala imagen, pretenden adquirir negocios honestos, fuera de toda duda ante la ley. La

G. E. S.

es uno de esos negocios, Phoebe.

—Es inaudito. Nunca hubiese podido imaginar que...

—Ahora —dijo él—, las muertes de Bertha y de Mackelt, por lo menos la de este último, empiezan a cobrar cierto sentido. Desconocemos lo que Bertha pudo averiguar, pero sí podemos presumir que Mackelt llegó a enterarse de a quién pertenecía la mano negra y eso fue su sentencia de muerte.

—Entonces, los sabotajes continuarán —predijo ella.

—Parece lógico. Ahora bien, si usted me lo permite, yo iré a hablar con Hanroe. Trataré de sonsacarle, ahora que sé más detalles del asunto.

—Le acompañaré, Mel —exclamó Phoebe con gran vehemencia.

—No. Deje que vaya solo. Creo que así obtendré mejores resultados.

Griffith alzó la mano y vino el camarero. Momentos más tarde, salían del restaurante.

—Hoy podemos marcharnos con tranquilidad —sonrió la joven, recordando el día en que habían tenido que escapar a toda velocidad.

—Sí, por lo menos podremos hacer la digestión tranquilamente.

La llevaré a su casa, Phoebe.

—Claro. Mel.

Un cuarto de hora más tarde, Griffith detenía el coche frente a la residencia de la joven.

—¿Irá ahora a ver a Hanroe?

—Mañana —contestó Griffith—. Tengo un trabajo importante entre manos y me gustaría dejarlo terminado.

—Bueno, no será tan importante que le impida tomar una copa.

—Desde luego, acepto encantado.

Entraron en la casa. Nita, la doncella, salió a recibirles apresuradamente.

—El mayordomo se ha despedido, señorita.

Phoebe levantó las cejas.

—¿Qué le ha pasado, Nita?

—Lo ignoro. Vino un hombre hace bastante rato y él salió a recibirle. Luego, los dos bajaron al taller de la señorita y...

La joven emitió un grito y echó a correr hacia la puerta que daba al sótano. Griffith la siguió en el acto.

Phoebe gritó de nuevo al ver el horrible aspecto que ofrecía su taller. Todos los aparatos estaban destrozados, de tal modo, que la reconstrucción era imposible. Incluso un par de consolas de control de instrumentos aparecían destrozadas a hachazos.

—Valían cientos de miles —gimió Phoebe desconsoladamente, sentada en un taburete y con los ojos llenos de lágrimas.

Griffith contempló unos instantes aquel espectáculo de ruina y devastación. Luego se volvió hacia la doncella.

—Nita, ¿se fijó usted en el hombre? —preguntó.

—Sí, señor. Aunque el mayordomo me ordenó retirarme de inmediato, yo pude verle sin dificultad. Tenía unos treinta y tantos años, era muy robusto y pude ver una cicatriz que le parte la barbilla, desde el labio inferior, casi en el centro.

—Gerson —murmuró Griffith en el acto—. ¿Qué más?

—Se comportó correctamente, aunque de una forma algo rara. Es decir, no profirió palabrotas, pero todo el rato tenía la mano derecha en el bolsillo de su chaqueta. El señor Jenkins sonreía, aunque me pareció bastante pálido.

Griffith se volvió hacia la joven.

—Es probable que Gerson obligase a Jenkins a ayudarle y que

luego se lo llevase a la fuerza.

—Pero ¿por qué? —se extrañó Phoebe.

—Simplemente, para provocar confusión, dándonos a entender que Jenkins estaba de acuerdo con él. Nita, ¿se llevó el señor Jenkins algún equipaje?

—Sí, señor. Después de estar un buen rato en el sótano, los dos fueron a la habitación del mayordomo. Al salir, el señor Jenkins llevaba una maleta de mano y entonces fue cuando dijo que se despedía. Eso es todo.

—Gracias, Nita, puede retirarse. Lleve café y coñac al salón, por favor.

—Sí, señor.

Griffith agarró el brazo de la muchacha y la empujó suavemente hacia la escalera.

—Phoebe, las cosas materiales que se destruyen pueden reconstruirse —dijo sensatamente—. Sólo una vida humana destruida no tiene reconstrucción posible. Anímesese, saldrá de este mal paso.

—Pero esto significa que mis sospechas sobre sabotaje son ciertas —exclamó Phoebe.

—Aunque no pueda probarlo, es así —convino Griffith—. Y, en cuanto al autor de la destrucción, déjelo de mi cuenta. Sé quién es y acabaré por encontrarlo.

—¡Pero se han llevado a Jenkins! Tendríamos que avisar a la policía...

—En su lugar, yo no me preocuparía. Jenkins estará encerrado un par de días y luego lo soltarán sin más problemas. ¿Dejará que me ocupe de Gerson?

Phoebe le miró fijamente.

—¿Piensa buscarlo. Mel?

Griffith asintió.

—Inmediatamente —contestó.

* * *

¿Estaría bien que se comportase como un hampón?

«Yo, todo un intelectual, un universitario... ¿debo actuar de la misma forma que lo hacen ellos?», dudó, mientras, en las sombras,

aguardaba la salida de cierta persona a la que, por fin, había localizado después de casi veinticuatro horas de incesantes pesquisas.

Por fin, después de una interminable espera, divisó al hombre. Había tomado unas copas de más, esto era evidente, y salía del club nocturno del brazo de una despampanante rubia. Griffith meneó la cabeza al ver a Aeneas Neggo. «Acabará catastróficamente», pensó.

Con gran discreción, avanzó por detrás hacia la pareja. Ella reía estrepitosamente, coreando así las gracias de su acompañante. Llevaba traje largo y Griffith se lo pisó.

El traje se rasgó con estridente sonido. La rubia chilló al sentirse desnuda por detrás. Neggo soltó una maldición.

—Tengo que ir al tocador a que me pongan unos alfileres —dijo ella, maldiciendo como un camionero en apuros.

—Está bien, pero date prisa —gruñó Aeneas. Miró al joven con ojos no demasiado serenos—. ¿Ha sido usted?

Griffith se puso las manos en el pecho.

—¿Yo? No sé de qué me está hablando... Me parece que ha sido ese tipo que ha echado a correr... ¡Por allí va! —gritó.

Aeneas cayó en la trampa. Volvió la cabeza y entonces Griffith disparó el puño derecho. En menos de veinte segundos, Neggo estuvo en su coche, sin que nadie hubiera reparado en otra cosa que un hombre ayudando a su amigo borracho a entrar en su automóvil. Griffith condujo con rapidez y, antes de que Aeneas recuperase por completo el conocimiento, ya estaba encerrado en el lugar acordado con Phoebe.

Neggo despertó a los pocos minutos, intentó ponerse en pie, pero no se dio cuenta de que tenía los tobillos atados y cayó de bruces. Una horrible maldición se escapó de sus labios.

Con grandes dificultades logró incorporarse. Entonces vio al hombre serio y ceñudo que le miraba desde unos pasos de distancia.

Las brumas alcohólicas que envolvían el cerebro del menor de los Neggo empezaron a disiparse.

—¿Quién es... usted? —tartajó.

—Griffith —contestó el joven secamente.

—¿Por qué estoy aquí? ¿Qué es lo que quieren de mí?

Griffith movió el brazo izquierdo en semicírculo.

—Mire a su alrededor —contestó—. Todo lo hicieron ustedes,

bueno, un tipo al que se lo ordenaron. Han destruido aparatos valiosísimos, alguno de los cuales había sido construido especialmente a mano, y cuyo costo alcanzaba a varios cientos de miles de dólares. Además, se llevaron un rehén. Queremos que nos devuelvan ese rehén y que abonen el importe de los desperfectos, así de sencillo.

—¡Yo no sé nada de rehenes ni de dinero que hayamos de pagar! —aulló Neggo—. ¡Suélteme, suélteme inmediatamente, maldito bastardo, hijo de una ramera sarnosa...!

La mano de Griffith se disparó repentinamente, alcanzando a Aeneas con el revés. Neggo lanzó un chillido y cayó al suelo.

—Procure moderar su lenguaje —dijo el joven serenamente—. Otra cosa, ¿oyó hablar a su hermano de mi tigre?

Aeneas, aún en el suelo, con una mano en el lugar afectado por el golpe, miró al joven con ojos de pánico. Griffith sonrió. Sí, Aeneas había oído a su hermano mencionar al tigre.

—Lo tengo ahí —añadió—. ¿Quiere que lo suelte?

—¡No! —chilló Neggo, enloquecido por el pánico—. Manténgalo lejos de mí... pero, maldita sea... ¿qué es lo que quiere? —sollozó, completamente desmoralizado—. Haré lo que me pida...

Griffith señaló un teléfono.

—Llama a tu hermano inmediatamente. Dile que estás prisionero y que el tigre te vigila. Dile también que suelte inmediatamente a Jenkins y que vaya a verme mañana, a mi casa de la playa, a las nueve en punto de la noche y solo. ¿Has comprendido?

Aeneas asintió y empezó a arrastrarse hacia el teléfono, mientras Griffith se dirigía hacia la escalera.

—Es supletorio y lo desconectaré apenas hayas terminado de hablar —añadió.

Abrió la puerta. De pronto, se oyó un atroz rugido.

—Calma, calma, Troople, no te excites. El amigo Aeneas va a hacer exactamente lo que le he dicho y no es necesario que le asustes. Ahora, nos iremos a dar un paseíto por la playa...

Griffith sonrió mientras cerraba la puerta. Phoebe aguardaba en el exterior.

—Ha cedido —sonrió ella.

—En el fondo, es un niño mal educado. Pero no está acostumbrado a enfrentarse con tigres de verdad.

—Era sólo una grabación.

—No es necesario que se lo digamos, ¿verdad?

CAPÍTULO IX

Cuando se disponía a entrar en el despacho, salía una mujer que le miró con moderada curiosidad. Era muy guapa, aunque ya había rebasado los treinta y cinco años y resultaban patentes sus esfuerzos por conservar la línea. Un día, calculó Griffith, perdería aquella guerra con la báscula, pero todavía poseía el suficiente atractivo para hacer volver la cabeza a los hombres.

Desde la puerta, ella habló hacia el interior del despacho.

—Puede que hoy regrese un poco tarde a casa, querido. Mamie Winthrop y yo cenaremos juntas, seguramente...

—No te preocupes —contestó Hanroe—. Vuelve cuando quieras. Quizá yo también me retrase. Tengo mucho trabajo y... Ah, pase, profesor Griffith —exclamó, al ver al joven en la puerta.

La señora Hanroe le dirigió una mirada investigadora. Quedó complacida y le sonrió afablemente. Griffith contestó con otra sonrisa. Luego entró en el despacho.

Hanroe le ofreció una silla.

—¿Y bien, profesor?

—¿Qué hay del asunto de las acciones de la G. E. S.?

—preguntó Griffith sin más preámbulos.

Hanroe se quedó parado.

—¿Por qué le interesa ese asunto, profesor? —preguntó, cuando, después de unos segundos de sorpresa, se hubo recuperado.

—Alguien ha formulado una propuesta de compra. ¿Quién es?

—Perdone, pero no tengo por qué revelar el nombre de mi cliente. Me parece que usted sabe lo que significa la palabra secreto profesional, ¿no es así?

—En cierta ocasión me habló de los Neggo...

—Que ellos quisieran comprar esas acciones, no significa que yo lo aprobase o me prestase al juego. Creo recordar haberle dicho algo sobre el particular, profesor.

—Pero usted me dijo que es el asesor legal de la
G. E. S.

y no es así. El abogado Farrell...

—El abogado Farrell lo es de los asuntos personales de la señorita Van Kruger. Yo soy el asesor legal de la
G. E. S.

—declaró Hanroe altaneramente.

—Y, a pesar de todo, está en tratos para vender el paquete mayoritario de acciones.

—Si el trato es favorable, ¿por qué no?

—Phoebe también es su cliente. ¿La informará antes o «después» de la venta? ¿Sabe que Farrell le ha aconsejado que no venda?

Hanroe sonrió desdeñosamente.

—Yo sé bien si se debe vender o no —contestó—. Y usted no tiene ninguna representación legal por parte de la señorita Van Kruger, así que déjeme seguir trabajando y no me moleste más. ¿Está claro?

Griffith se puso en pie.

—Inmediatamente aconsejaré a Phoebe le envíe una orden judicial, prohibiéndole toda relación con la
G. E. S.

y anulando cualquier autorización que le haya hecho para que la represente en este asunto.

—¡Salga de aquí! —vociferó Hanroe—. ¡Salga, maldito entrometido...!

El joven sonrió.

—Sí, afuera se respira un aire mucho más puro —dijo venenosamente.

Una vez en la calle, buscó una cabina telefónica y llamó a la joven.

—Phoebe, ¿cómo sigue Aeneas?

—Bien, no molesta. De cuando en cuando, pongo en marcha la grabadora con la «voz» de Troople y se tranquiliza de inmediato.

—A la noche iré a buscarlo. Otra cosa: si quiere un buen consejo, hable con Farrell. Dígale que está resuelta a que Hanroe

deje de tener cualquier relación con la

G. E. S.,

¿me ha comprendido? Por tanto, Farrell deberá redactar los documentos legales pertinentes para la operación.

—Sí, le comprendo, pero ¿por qué, si puedo saberlo?

—A pesar de que lo niega, tengo la sensación de que es uña y carne con los Negro.

—Ah, ya. Bueno, ahora mismo le llamaré... Nos veremos a la noche, supongo.

—Supone bien, Phoebe. Griffith abandonó la cabina. Al salir, se tropezó con una mujer y se disculpó cortésmente.

—Perdone...

Ella le puso una mano en el pecho.

—No tengas tanta prisa, buen mozo —dijo—. ¿Ya no me conoces?

Griffith respingó.

—Audie Barris...

—Yo misma. ¿Quieres una buena información, por sólo doscientos cincuenta «pavos»?

El joven la miró recelosamente.

—¿Qué clase de información? —preguntó.

—Hace tiempo que lo sospechaba. Hoy lo he confirmado. Vamos a tu coche y te lo indicaré.

—Muy bien, pero si la cosa no vale la pena...

—Lo vale, créeme.

Media hora más tarde, Audie hacía que Griffith detuviera el automóvil frente a una casa de apartamentos.

—Ewin Castle tiene uno alquilado sólo para determinadas ocasiones, como hoy —dijo Audie—. Está con la señora Hanroe. Y estaba con ella cuando ocurrió lo de Mark Negro.

Griffith dejó escapar el aire de los pulmones.

—Eso explica que te pagase para su coartada —dijo.

—No me importó. Suponía que estaba con otra fulana. De haber sabido que era realmente el asesino de Mark me habría negado, como puedes comprender. Y ahora, ¿es o no es interesante la información?

Griffith echó mano al bolsillo.

—Lo es —confirmó.

Cuando llegó a su casa, la señora Villa le dijo que Phoebe había llamado y que quería hablar con él urgentemente. Griffith se puso en contacto con la joven.

—¿Sucedo algo, Phoebe?

—Sí. Jenkins ha vuelto, pero ha hecho el equipaje inmediatamente. Dijo que no quería seguir un minuto más en una casa donde la inseguridad es la norma...

—Bueno, ahora parece que se despide por su propia voluntad.

—Así es, Mel.

—En fin, si está sano y salvo, al menos podemos sentirnos satisfechos. Yo también he averiguado algo muy importante, pero se lo contaré a la noche.

—De acuerdo, Mel.

* * *

Happ Neggo apareció puntual, con su aire altanero y desafiante de costumbre. Miró fríamente a Griffith y rechazó la bebida que éste le ofrecía.

—He cumplido mi palabra —dijo—. El mayordomo está libre. Suelte a mi hermano, profesor.

—Happ —contestó Griffith sin inmutarse—, ha cumplido usted, pero sólo a medias. Un cálculo aproximado, tendente a la baja más bien, nos ha hecho saber que los aparatos que Gerson destrozó valen alrededor de los seiscientos mil dólares. Su hermano quedará en libertad cuando haya pagado los desperfectos. Ése fue el trato y a él nos atendremos, le guste o no.

Neggo sonrió desdeñosamente.

—De modo que piensa obligarme a pagar esa enorme suma —dijo.

—Así es. Y, recuerde, el tigre vigila a su precioso hermanito.

—Me lo imagino. Ahora bien, ¿qué diría usted si yo le contestase que soy en absoluto inocente de lo que sucedió en casa de la señorita Van Kruger?

—Sencillamente, no le creería, ni aunque me lo jurase con la mano sobre una pila de Biblias tan alta como el Himalaya.

—Muy bien —dijo Neggo—. Ahora le demostraré lo contrario... aunque, si no le importa, preferiría cerciorarme sobre la presencia

de Aeneas en su casa, profesor.

—Está aquí. ¡Phoebe!

—Sí, Mel —contestó la joven desde una de las habitaciones interiores.

La puerta se abrió y Aeneas apareció, despeinado, sucio y completamente desmoralizado.

—Suéltame, Happ... Todo el tiempo estoy oyendo a ese maldito tigre...

La «voz» de Troople se dejó oír de nuevo. Happ Negro se estremeció un instante, pero no tardó en rehacerse.

—En seguida quedarás libre, Aeneas —aseguró—. Con su permiso, profesor...

Dio media vuelta, se acercó a la puerta y la abrió.

—¡Dick! —llamó.

—Sí, Happ —contestó alguien desde la oscuridad.

Dos sombras se destacaron a los pocos instantes. Un hombre entró tambaleándose, a consecuencia de un tremendo empujón que le había propinado el otro hermano. Griffith, pasmado de asombro, reconoció a Sully Gerson.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

Gerson tenía un ojo cerrado y los labios partidos. Había sangre en su pómulo izquierdo y sollozaba de puro pánico.

—Por favor..., no me peguen más... —gimió.

Las piernas se le doblaron de pronto y cayó al suelo. Happ fijó la vista en Griffith.

—Ahora oirá de sus labios la verdad, profesor. Vamos, Sully, habla. ¿Quién te pagó por destrozar el laboratorio de la señorita Van Kruger y llevarte secuestrado al mayordomo?

—Fue... Hanroe..., el abogado...

Griffith apretó los labios. En la otra habitación, Phoebe ahogó un grito de asombro.

—¿Satisfecho, profesor? —dijo Happ.

Griffith hizo un gesto con la mano.

—Llévense a esa basura. Y también a su hermano, otra basura.

Aeneas salió de la habitación. Ahora se sentía seguro y miró con odio al joven.

—Volveremos a vernos otro día, «profe». Y le aseguro que...

Furioso, Griffith levantó la rodilla y asestó un tremendo golpe en

la entrepierna del muchacho. Aeneas lanzó un aullido, a la vez que se curvaba sobre sí mismo, con las manos en el lugar afectado por el rodillazo.

—Llévenselo inmediatamente de aquí —bramó Griffith—. Llévenselo o suelto al tigre.

—Ahora, profesor, déjenos en paz de una vez —dijo Happ con furia mal contenida—. No vuelva a cruzarse en nuestro camino o lo pasará mal.

Griffith no contestó. Había algo en aquella escena que no le «sonaba» de un modo verídico. Encontraba cierta falsedad en el comportamiento de los Neggo y no acababa de averiguar de qué se trataba.

De pronto, giró sobre sus talones y se lanzó hacia la puerta trasera de la casa.

—No te muevas de aquí, Phoebe —ordenó—. Si ves que pasa algo, conecta la grabadora a todo volumen.

Phoebe quiso preguntarle qué iba a hacer, pero el joven había desaparecido ya en las sombras.

Cautelosamente, siguió al grupo formado por los Neggo y Gerson, que ascendían por la ladera arenosa, hasta la carretera que pasaba a unos cien metros de la casa. De pronto, oyó una carcajada burla.

—Se lo tragó —dijo Dick Neggo—. Sully desempeñó bien su papel. Merecía un «Oscar», ¿verdad, Happ?

—Sí, pero algunos de los golpes fueron demasiado... «sinceros» —se quejó el aludido.

—Hombre, teníamos que dar sensación de veracidad. Pero no te apures; ya compensaremos tu sacrificio...

—Será mejor que cerréis el pico —dijo Happ de mal talante—. El asunto no está terminado todavía y...

Repentinamente, Aeneas lanzó un chillido de alarma.

—¡Cuidado!

Un rojo fogonazo taladró la oscuridad. Gerson lanzó un rugido inhumano y cayó de bruces.

Dick saltó a un lado, desenfundó su pistola y disparó contra el lugar de donde partían los fogonazos en rápida sucesión. Aeneas gritó espeluznantemente.

Alcanzado por una bala en el rostro, fue de un lado para otro,

tambaleándose como un beodo. El proyectil le había atravesado ambos pómulos, aunque no era mortal, pero el dolor le había enloquecido y ahora no era dueño de sus movimientos.

Dos disparos más lo arrojaron sobre la ladera arenosa, mientras Dick Negro hacía fuego inútilmente con su pistola, al cabo de unos segundos, volvió el silencio.

Griffith, agazapado en la oscuridad, había contemplado la escena sin perder detalle. Después del estruendo del tiroteo, había vuelto la calma, ominosa, siniestra. Dick Negro fue el primero en romper aquel tétrico silencio.

—¡Happ! ¡Aeneas! —gritó—. ¿Dónde estáis? ¿Por qué no me respondéis?

Griffith se imaginaba sobradamente lo ocurrido. Con gran cautela, sin hacer el menor ruido, se arrastró sigilosamente, hasta hallarse en las inmediaciones de su casa.

Phoebe corrió hacia la puerta. Griffith entró y cerró de inmediato.

—Creo que han muerto tres —dijo.

Ella se puso pálida.

—Enemigos de los Negro —supuso.

—Tenían demasiados. Creo que sólo Dick ha sobrevivido. Escucha, la policía vendrá ahora. Dick, seguro, no nos mencionará. Nosotros diremos que no sabíamos nada. ¿Has comprendido?

—Si, Mel.

Griffith se sirvió una copa y la vació de un trago.

—Ha sido una auténtica matanza —dijo, algo más repuesto—. Pero hemos podido averiguar algo interesante: fueron los Negro quienes ordenaron destruir tu laboratorio.

—Gerson trabajaba para Hanroe...

—Fue una comedia. Se lo oí yo, antes de que empezase el tiroteo. Por eso los seguí; había algo que no me gustaba en el asunto y pensé que tal vez podría escuchar algunos detalles interesantes.

Phoebe se dejó caer sobre una silla.

—Bueno... después de esto, y aunque sea un poco egoísta al hablar así, creo que ya no tendré nada que temer de los Negro —dijo.

—En eso te equivocas. No son los Negro los únicos que pretenden el control de la

G. E. S.

—¿Cómo? —se asombró ella.

Una sirena policíaca se oyó a lo lejos.

—Mañana, quizá, podré confirmar mis sospechas definitivamente —contestó Griffith.

CAPÍTULO X

Llamó a la puerta y esperó unos instantes. Audie abrió al poco, reconoció al visitante, y su rostro se animó de inmediato.

—Pasa, encanto —dijo—. Hoy estoy libre por completo.

—Sabes de sobra que no he venido a eso —respondió Griffith.

Audie se atusó el indudablemente teñido cabello rubio.

—Bueno, ¿quién sabe? Se empieza por unas palabritas y... ¿Te apetece algo de beber?

—Café, si no tienes inconveniente.

—Claro, encanto.

Audie fue a la cocina, con gran contoneo de sus opulentas caderas, deliberadamente acentuadas para llamar la atención del visitante. A los pocos momentos volvió con una bandeja en la mano y se inclinó hacia adelante, para demostrar que el escote merecía más de una mirada.

—Café —dijo—. ¿Y ahora...?

—Ahora, respuestas a mis preguntas.

Ella se sentó frente al joven, con las rodillas juntas y los codos apoyados en ellas.

—Dispara —invitó.

—En primer lugar, ¿cuáles son, exactamente, tus relaciones con Ewin Castle?

—¿Quieres una respuesta sincera o diplomática?

—Audie, no estoy aquí para oír ambigüedades. Esto es más importante de lo que parece. ¿Sabes que anoche murieron dos de los Negro y uno de sus secuaces?

—¡Uf! Casi no se habla de otra cosa en la ciudad... Menudos titulares traen los periódicos en las primeras páginas... Pero no te creas; no es algo que la gente lamente demasiado.

—Tenían pocas simpatías, parece.

Audie hizo una mueca.

—Mis ingresos mensuales suelen ser alrededor de los mil quinientos. Tenía que pagarles no menos de doscientos cincuenta. Gerson, en cierta ocasión, me dio una buena paliza. Destry me enseñó su navaja. Sé de una chica que se negó y le rajaron los pechos. No lo sentiremos, créeme.

—Me lo imagino. ¿Fue Castle?

—No.

—¿Seguro?

—Los Neggo murieron alrededor de las nueve y media de la noche, un poco más. Esta vez, Castle estaba en el Six-Sex-Hall a esa hora.

—¿Lo viste?

—Ocupaba una mesa de la primera fila. No fue él, te lo aseguro.

—Gracias, Audie. Oye, ¿cómo supiste que Castle y la señora Hanroe...?

Audie sonrió maliciosamente.

—Una vez vino a verme. Estábamos en la cama y pidió cigarrillos. Yo los había olvidado y él me dijo que tenía tabaco en la chaqueta. Encontré una pitillera de plata con las iniciales V. H. «v» de Vivian, ¿comprendes?

—Sí, pero eso no es suficiente para adivinar la identidad de una persona...

—Dentro de la tarjeta, había un trocito de papel con un número de teléfono. Llamé más tarde. Pregunté por la señora Holmes. Una mujer me contestó que allí vivía la señora Hanroe. Me disculpé...

—Eres lista, Audie. Pero ¿te sirvió de alguna utilidad?

—Quizá para el futuro, profesor.

—Comprendo. Audie, si Castle no fue, ¿tienes alguna idea de quién pudo haberlo hecho?

Ella negó con la cabeza.

—Lo siento.

—Tendré que preguntarle al propio Castle —dijo Griffith, a la vez que se ponía en pie.

—Eh, ¿es que te marchas ya?

—Claro.

—Pero yo creí...

Griffith se inclinó y la besó en una mejilla.

—Otra día, duquesa.

Audie hizo una mueca de desencanto.

—Sí, tú piensas que soy una buscona... y en buena parte tienes razón, pero no siempre... En fin, no lo hago por dinero, sino únicamente en épocas de apuro... O si encuentro un tipo que me gusta, naturalmente.

—Y yo te gusto.

—Más que el champaña —suspiró Audie.

Griffith meditó unos instantes. Miró a la joven. Era hermosa y atractiva. Y, ¿quién era él para hacer reproches sobre su comportamiento?

Lentamente, se quitó la chaqueta, sonrió y dijo:

—La entrevista con Castle puede aplazarse sin inconveniente.

* * *

Ewin Castle estaba dando los últimos toques a su indumentaria, cuando sonó el timbre de la puerta. Fastidiado, abandonó la tarea, se separó del espejo que había en el vestíbulo y caminó hacia la puerta. Al abrir, torció el gesto.

—Usted —gruñó.

Griffith estaba apoyado indolentemente en una jamba. —Sin el tigre —dijo.

—Tengo prisa —rezongó el pistolero.

Griffith le observó atentamente. Castle aparecía en mangas de camisa, con pantalón negro, tirantes y corbata de lazo negra. Los zapatos espejaban y, en una silla, sobre el respaldo, se veía una chaqueta negra, con solapas de raso.

—Parece que va a asistir a una fiesta —comentó.

—Me han invitado unos amigos. El *smoking* es la indumentaria apropiada esta noche, profesor.

Castle volvió al espejo y se retocó el lazo. Luego se puso la chaqueta.

—Sea breve —pidió.

—¿Asiste a una fiesta sin armas? —se sorprendió el joven.

Castle sonrió y enseñó un bolsillo secreto. Con dos dedos, sacó la culata de una pistola, muy plana.

—Beretta, calibre siete sesenta y cinco. ¿Satisfecho, «profe»?

—¿Quién ejecutó la matanza de la playa Sur?

El pistolero se puso rígido.

—Nunca delato a los colegas —respondió.

Griffith se miró las uñas con aire displicente.

—¿Todavía conserva la pitillera con las iniciales V. H.? — preguntó.

Castle se revolvió como una fiera. Su mano fue instintivamente al bolsillo secreto.

—¿Tiene ganas de le pegue un tiro? —rugió.

—Abajo hay alguien esperándome. Esta vez no tendría coartada, Ewin.

Castle realizó una profunda inspiración.

—¿Quién le ha dicho lo de la pitillera?

—En los últimos tiempos me he sentido muy curioso. Hace dos días, usted se reunió con Vivian Hanroe, en un apartamento del Edificio Silverstone. Al abogado Hanroe, sin duda, no le gustaría enterarse de que su esposa le es infiel.

—Maldita sea... ¿Qué pide por su silencio, profesor? Tengo algo de dinero...

—Un nombre. Y quiero que sea sincero, no que me despache con un nombre cualquiera. Si me entero de que me ha mentado, llamaré inmediatamente al abogado. O lo llamará la persona que me aguarda en la calle y que está enterada de todo.

El pistolero pareció considerar la cuestión durante unos instantes. Luego se enfrentó con Griffith.

—Millard Mills —dijo.

—¿Domicilio?

—Permítame un consejo. A Mills le llaman el «Dos Pistolas» porque las usa realmente, y tiene tan buena puntería con la mano izquierda como con la derecha. Usted no habría podido sostener esta conversación con él; a estas horas ya tendría media docena de balas en las tripas.

Griffith recordó la escena del tiroteo en la playa. No se había usado una ametralladora, pero si habían disparado numerosos cartuchos. Parecía, pues, lógico pensar en Mills como autor del triple asesinato. Y aun ello, porque Dick Neggo había sabido escabullirse a tiempo, porque, de lo contrario, habrían sido cuatro

los muertos.

—Gracias por el consejo —contestó—. ¿Dónde vive Mills?
Castle se lo dijo. Griffith abrió la puerta.

—Guarde silencio sobre mi visita y yo haré lo mismo acerca de su romance —se despidió.

Phoebe, en efecto, aguardaba en el coche.

—¿Cómo ha sido la entrevista?

—Más bien borrascosa. Pero he sabido mantener firme el rumbo y el barco ha llegado a puerto.

—Buen piloto —sonrió ella—. ¿Fue Castle?

—No, aunque conozco el nombre.

—Quizá Castle te ha engañado...

—No se lo he permitido. Ya sabes, es amante de la señora Hanroe. Se lo he dicho y ha querido evitar el escándalo.

—A él poco le afectaría, supongo —dijo Phoebe.

—Moralmente, nada, pero perdería una buena fuente de ingresos.

—¿Tú crees?

Griffith hizo un gesto con la mano.

—Para —indicó—. Veo una cabina telefónica y quiero hablar con el teniente Hampton.

Phoebe arrimó el coche a la acera.

—Creí que ibas a ver personalmente al asesino —se sorprendió al conocer la decisión del joven.

—A Millard Mills le apodan «Dos Pistolas», porque las usa habitualmente y, como algunos pistoleros del viejo Oeste, es ambidextro. Castle, agradecido por mi silencio acerca de su romance con Vivian Hanroe, me ha aconsejado que no visite a Mili porque éste me mataría apenas abriese la boca. Por tanto, informaré al teniente Hampton, le advertiré que es un individuo peligroso y...

—Basta, me doy por enterada —sonrió la joven.

* * *

El mar murmuraba suavemente y la luna acababa de salir y enviaba plateados destellos sobre las aguas. Un coche bajó por el camino que conducía a la casa y se detuvo a pocos pasos de distancia de la pareja, que estaba sentada en los escalones que

conducían al porche.

—¿Estorbo? —consultó el teniente Hampton.

Griffith extendió una mano.

—Hay peldaños libres, teniente —invitó—. Aunque si prefiere que entremos en casa... ¿Conoce ya a la señorita Van Kruger?

Hampton hizo un gesto con la cabeza.

—¿Qué tal, señorita?

Luego miró al joven. Griffith comprendió.

—Hable delante de ella, sin temor —dijo.

—Está bien... Ah, por cierto, ¿ha paseado ya al tigre?

—Iba a hacerlo ahora mismo —sonrió Griffith—. Sin embargo, usted me avisó que iba a venir a verme y he pospuesto su paseo. ¿Hay algo de nuevo?

—Sí. —Hampton aparecía ceñudo—. ¿Cómo consiguió saber que Mills había sido el autor de la matanza?

—Oh... Preguntando aquí y allá se obtienen respuestas...

—Nosotros hemos hecho cien mil preguntas más que usted y no conseguimos nada —se quejó el policía.

—Es que, sin ánimo de ofenderle, Ray, quizá no fueron a la persona indicada.

—¿Quién es esa persona, profesor?

—Perdone, teniente... No me gusta demasiado, porque es un sujeto absolutamente repulsivo, pero hice un trato con él y debo respetarlo. La información a cambio de mi silencio sobre su origen. ¿Es que no han encontrado a Mills?

—Sí, lo hemos encontrado.

—Habrá negado saber nada del asunto, presumo.

—No lo ha negado.

—Entonces, lo admitió.

—Tampoco. Si no dijo nada, en un sentido u otro, es porque estaba muerto.

Phoebe lanzó una exclamación de asombro. Griffith apretó los labios.

—No me lo imaginaba —murmuró—. ¿Fue el Neggo sobreviviente?

—Los vecinos declararon haber visto a un tipo alto, corpulento, calvo y con patillas, que salió del apartamento de Mills más o menos a la hora en que usted me telefoneó. Estamos buscando a ese

sujeto, es todo lo que puedo decirle, profesor.

—No sé qué decirle, Ray... ¿Debo decir lo siento?

—Sólo hasta cierto punto. Los tipos como Mills estorban en este mundo, pero nos habría gustado mucho haber hablado con él.

—Alguien se ocupó de que no fuera así —dijo Griffith—. Bien, Ray, ¿podemos serle útiles en algo más?

—No, gracias. Si no quiere decirme el nombre de la persona que le facilitó la información...

Griffith se puso en pie.

—Ya es hora de que saque al tigre a pasear —dijo—. Me lo traje como protección personal. Y de la señorita Phoebe también, claro.

Entró en la casa y Hampton miró a la joven desconcertado.

—No hablará en serio, supongo —dijo.

—Totalmente en serio —contestó ella.

Troople apareció segundos más tarde. Hampton dio un salto de cuatro metros al ver aparecer a la fiera.

—Dios mío... Era cierto... Saca al tigre a pasear por la playa...

Phoebe se puso en pie.

—Y yo le acompaño, teniente —dijo con dulzura.

CAPÍTULO XI

Griffith regresó alrededor de las nueve de la mañana. Phoebe estaba en la cocina, preparando el café.

—¿Qué dice el Gran Djahla Khan? —preguntó por encima del hombro, cuando vio al joven en el umbral de la puerta.

—Bueno, si quiero, esta noche, después de la función, volverá a prestarme a Troople —contestó él—. Pero no creo que nos haga falta.

—Eso mismo pienso yo. Muerto Mills, los otros seguirán pensando que tienes al tigre en casa y no se atreverán a venir por aquí. Siéntate, tendrás el desayuno en seguida.

Griffith meneó la cabeza.

—Se me ocurrió pensar que Mills podría, tal vez, escapar de la policía y venir a buscarme. Pese a todo lo que me dijo Castle, no estaba muy seguro de su silencio. Yo le convenía más muerto que vivo y supuse que pondría a Mills sobre aviso. Así, Mills, vendría, suprimiría un estorbo...

—Alguien hizo otros cálculos, ¿no? —dijo Phoebe, a la vez que ponía un plato frente al joven.

—Sí, pero ¿quién?

Phoebe llenó su taza de café. Se sirvió su ración y luego se sentó frente al joven.

—Un hombre alto, fornido, de mediana edad, calvo, con patillas... Me recuerda a alguien conocido y no sé dar con él —dijo pensativamente.

Griffith se echó a reír.

—Hombre, es la viva descripción de tu mayordomo —exclamó.

—Mi ex mayordomo —le recordó ella.

La frente del joven se arrugó bruscamente.

—Jenkins —murmuró—. El mayordomo... Siempre suele ser el sospechoso en toda obra de intriga con crímenes...

—Pero éste no es su caso. Recuerda: cuando Cool buscaba el diario de Bertha, él se escondió en un ropero. Y Gerson se lo llevó secuestrado.

—Los Neggo dijeron que era una comedia. Yo lo escuché, Phoebe.

—Sin duda, se referían a los golpes que propinaron a su esbirro —alegó la joven.

—Quizá esa comedia tenía más personajes —apuntó Griffith. Phoebe dejó el tenedor.

—¿Jenkins?

—¿Por qué no?

—Me parece imposible, Mel.

—Phoebe, en este asunto ya no te puedes fiar de nadie. ¿Cuánto tiempo llevaba Jenkins en tu casa?

—Oh, menos de un año. Lo contrató papá..., pero ya sabes que mis padres están haciendo un crucero alrededor del mundo. Él se ha retirado ya de los negocios...

—Creo que fue hace un año cuando se produjeron los primeros conflictos en la Greenfield, ¿no es así?

—Sí, en efecto, fue aproximadamente hace un año cuando empezaron las dificultades. Pero Jenkins, durante todo este tiempo, fue el prototipo del sirviente fiel, correcto, sin un fallo, sin caer jamás en el servilismo... Oh, no puedo creer que fuese él... Me parece que debería recordar algún detalle comprometedor y no es así. No podemos acusarle sólo por un simple parecido físico.

—Todavía no le acusamos, pero hemos de tener en cuenta algunas cosas que sí pueden resultar interesantes. Incluyendo ese parecido físico. En primer lugar, Jenkins bien pudo ser un elemento de la organización infiltrado en tu casa con la orden de no hacer absolutamente nada, hasta que llegase el momento adecuado. En síntesis, un «agente durmiente».

—Y sólo actúa llegado el caso y cuando recibe la orden pertinente —dijo ella, con los ojos entrecerrados, como si se concentrase en sí misma.

—Exacto. Se ganó tu confianza y así te estuvo espionando a placer. Incluso es probable que manipulase tus aparatos de control, a fin de

que nunca llegases a conseguir un resultado definitivo.

—Desde luego, el taller estaba abierto día y noche —admitió Phoebe.

—Lo cual fue una grave imprudencia por tu parte, si tenemos en cuenta la importancia de los trabajos que realizabas.

Phoebe se puso en pie furiosamente y pateó el suelo.

—Si una no se va a fiar de la servidumbre, es que...

—No todos te han sido infieles —dijo Griffith suavemente—. En apariencia, Jenkins fue un cobarde cuando se escondió mientras Cool buscaba un diario escrito por Bertha Wendell. Quizá lo aparentó, para desviar posibles sospechas en el futuro.

—Gerson se lo llevó...

—O fingieron el secuestro. Pero al regresar, debió de darse cuenta de que podía ser descubierto y, con la excusa de que tu casa ya no es un lugar tranquilo, se despidió.

—Después, mató a Mills... ¿Lo hizo él?

—Según tengo entendido, Mills era un tipo muy desconfiado, además de peligroso cuando lo encontraron muerto, se vio que no había tenido tiempo de usar sus pistolas. Eso significa que conocía a su asesino, pero que, sin embargo, no desconfió de él, porque estaban del mismo bando. ¿Vas atando cabos?

Phoebe asintió.

—Parece que todo le acusa, en efecto —convino—. ¿Qué piensas hacer, Mel?

—Algo muy sencillo. Escucha y verás.

Griffith fue al teléfono y marcó un número. Momentos más tarde, estaba en comunicación con el teniente Hampton.

—¿Ray? Soy Griffith. Quiero pedirle un favor... ¿Tiene la bondad de enviar a un experto en huellas a la residencia de la señorita Van Kruger? Sí, ella y yo le aguardaremos allí y le indicaremos dónde debe buscar las huellas del que suponemos asesinó a Millard Mills.

—Eso es muy interesante —exclamó Hampton—. ¿Tiene alguna idea de quién puede ser el tipo?

—Como en las películas de intriga, el mayordomo es el asesino —rió Griffith.

—Está bien. Ahora mismo despacho al experto. Pero ponga un cartelito a la entrada de la casa.

—¿Qué cartel? —preguntó Griffith.

—«Cuidado con el tigre».

—Eso es en mi casa, no en la de Phoebe, teniente. Y el tigre ya está de vuelta al hogar, quiero decir en el circo.

* * *

Había algunas huellas dactilares en la habitación que durante casi un año había ocupado el mayordomo. Griffith y Phoebe tuvieron la respuesta antes del mediodía, transmitida en persona por el teniente Hampton.

—Acertó usted, profesor —dijo el policía, después de las primeras palabras de cortesía—. El mayordomo es el asesino. Aunque en este caso, el empleo no fue sino un disfraz, adoptado por motivos que no están del todo claros.

—Se los aclararemos en su momento, Ray —dijo el joven—. Continúe, por favor.

—Las huellas que encontramos en la habitación de Jenkins son idénticas a algunas que hallamos en el apartamento de Mills. El asesino intentó borrar las que había dejado, pero omitió algunas. En fin, Jenkins no se llama así, sino Shane Hoover, condenado a diez años por homicidio que se declaró en segundo grado, de cuya condena cumplió sólo siete por buena conducta. Además, tiene otros, antecedentes por daños físicos a personas, un par de asaltos a mano armada...

—Vamos, lo que se dice un angelito —comentó Griffith.

—Le estamos buscando hasta por debajo de las baldosas —aseguró Hampton—. Pero, con esos antecedentes, ¿cómo lo admitió usted en la servidumbre, señorita?

—Yo no lo hice, fue mi padre, y supongo que se fió de la agencia.

—Tendría que investigar a la agencia, teniente —sugirió Griffith. Hampton se puso en pie.

—No conseguiríamos nada. Jenkins, es decir, Hoover, solicitaría el puesto mediante documentos muy bien falsificados. Es cosa fácil de hacer.

—Por supuesto —convino el joven—. Bien, lo que resta en relación a Hoover es cosa suya, Ray.

—No lo dude, profesor. Señorita...

Hampton se marchó, dejándolos solos. Griffith sirvió otra taza de café de la cafetera que Nita, la doncella, había traído minutos antes.

—¿Y bien? ¿Qué opinas?

Phoebe inspiró profundamente.

—Necesito un tigre —contestó.

—¿Para pasearlo? —sonrió él.

La doncella apareció en aquel momento.

—Señorita, el padre Duttin desea verla —anunció.

Phoebe expresó la sorpresa que sentía.

—¿A mí? ¿Para qué?

Griffith tomó la iniciativa.

—Hágale pasar, Nita.

—Sí, señor.

El sacerdote entró momentos después, con un paquete bajo el brazo. Vio a Griffith y alzó las cejas ligeramente.

—Señorita... ¿Qué tal, profesor? No esperaba encontrarle aquí...

—En los últimos tiempos, la dueña de la casa y yo hemos trabado cierta relación amistosa, padre Román —contestó el joven—. Pero le dejaré a solas con ella...

—Oh, nada de eso, mi visita no tiene secreto alguno. Verá, señorita Van Kruger... No sé cómo disculparme con usted. Es algo imperdonable... Se trata de un mensaje que dejó la pobre Bertha y del que hasta hoy, por desdicha, no he tenido la menor noticia. Bertha se lo entregó al ama de llaves de la rectoría y ésta lo dejó encima de mi despacho. Pero luego puso encima unas carpetas de documentos que yo debía revisar y hasta hoy no he concluido. Entonces fue cuando vi este paquete, dirigido a usted.

Phoebe tomó el paquete, que parecía contener un libro al que iba adherida una carta. Griffith rasgó el sobre.

—La carta va dirigida a mí —añadió el sacerdote—. Dice que, en caso de que le ocurra algo grave, debo entregarle a usted el libro contenido en el paquete.

Phoebe contuvo el aliento, mientras cambiaba una mirada con el joven.

—Mel, ¿adivinas lo que hay aquí dentro? —preguntó.

—Sí —repuso Griffith.

—Parece un libro —apuntó el padre Duttin.

—Es el diario de Bertha Wendell, padre —contestó ella.

—Bien no quiero molestarles más. He tenido tantísimo gusto...

—Aguarde un momento, padre —pidió la joven.

Duttin se detuvo en su movimiento de retirada. Phoebe salió de la estancia y volvió a poco con un papelito alargado y doblado en dos.

—Para las obras de caridad de su parroquia y en memoria de la pobre Bertha —dijo.

El sacerdote sonrió, conmovido.

—El Señor se lo pague, hija mía. Adiós, profesor.

De nuevo volvieron a quedarse solos. Entonces, Phoebe se apresuró a rasgar el papel de la envoltura y apareció un libro de tapas negras de piel, bastante grueso. Ella lo examinó un instante y luego lo apretó contra su pecho.

—Mel, ¿hay alguna objeción a que lo lea yo privadamente en primer lugar? —solicitó.

—Ninguna —contestó él—. Estaré en mi casa. Avísame cuando encuentres algo interesante.

—Descuida.

Griffith estudió unos momentos el libro, desde el lugar en que se encontraba.

—Es bastante grueso —dijo—. Si llenó todas sus páginas, tienes lectura para rato.

—No pienso detener la lectura un solo momento, aunque tenga que pasarme la noche en vela —declaró Phoebe con voz firme.

CAPÍTULO XII

Sin embargo, a las diez de la noche, Phoebe fue a la casa de la playa y dirigió una mirada decepcionada a su dueño.

—Nada —dijo.

Griffith estaba en el umbral y se apartó a un lado para que pudiera pasar. Ella cruzó el umbral y dejó el diario encima de una mesa.

—Lo he traído por si lo quieres leer tú. Aparte de algunos aspectos de sus relaciones con Mark Neggo, no dice nada de interés. Y debes saber que he intentado penetrar hasta el fondo de algunas frases que me parecieron de doble sentido, sin encontrar ningún significado de interés. Quizá tú, más experto, puedas hallar lo que yo no he sabido encontrar.

Griffith sonrió.

—Es posible —convino—. ¿Prefieres café o crees que te sentará mejor una copa?

—Café. Así me despejará la cabeza.

—Muy bien.

—Pero lo haré yo. Mientras, tú puedes empezar la lectura.

—Como gustes.

Griffith tomó el diario y lo examinó por encima durante unos momentos.

—Lo primero que hay que hacer en este caso es preguntarse qué interés podría tener para los Neggo. Es decir, suponiendo que Cool trabajase para ellos en aquel momento y no se hubiese pasado al «enemigo», como hizo Gerson. Si no hay nada que les comprometa gravemente, ¿cuál es el verdadero contenido del diario? —murmuró, como si alguien le estuviese escuchando.

Pasó las páginas rápidamente, pero haciendo fuerza con los

dedos, con el fin de apreciar si había dos de ellas pegadas. Entonces, apreció que las cubiertas de piel aparecían un tanto despegadas del cartón que había debajo.

Frunció el ceño. El libro era de tipo diario y de excelente apariencia. No había, pues, motivos para una encuadernación deficiente.

—A menos que...

De pronto, acometido por un súbito presentimiento, fue a su escritorio, buscó una plegadera en forma de puñal y, resueltamente, rasgó las cubiertas de piel. Entonces, varios objetos planos, de forma rectangular y de unos pocos centímetros de contorno, revolotearon por el aire y cayeron sobre la mesa.

Un aullido brotó de sus labios en el acto. Phoebe, asustada, corrió hacia el despacho.

—¡Mel! ¿Qué pasa? —gritó.

Griffith señaló los trozos de película que yacían encima de la mesa.

—Ahí tienes el secreto del diario —exclamó triunfalmente.

Phoebe avanzó paso a paso, con los ojos desorbitados.

—Dios mío... Apostaría que son microfilmes de... ¿Tienes una lupa?

—Claro. Ahí está.

Ella examinó una de las películas con gran atención. Luego volvió los ojos hacia el joven.

—Son fotografías de los planos de los nuevos detectores —dijo.

—Muy interesante. Ahora convendría saber cómo los consiguió Bertha, ¿no te parece?

—Quizá yo pueda darles una explicación al respecto —sonó de repente la voz del abogado Hanroe.

* * *

Griffith y la joven se volvieron bruscamente. Detrás de Hanroe, apareció un sujeto que empuñaba una pistola.

—¡Jenkins! —exclamó Phoebe.

—Rectifica, querida —dijo Griffith—. Su verdadero nombre es Hoover.

—Sí —gruñó el aludido—. Ahora ya no tiene sentido ocultarlo.

—Será mejor que calles, Shane —ordenó Hanroe—. Tú ya cumpliste tu papel. Ahora, límitate a obedecer y habla sólo cuando te pregunten.

—Pero no conteste «guau» cuando le hagan alguna pregunta —dijo Griffith sarcásticamente.

Hoover barbotó una imprecación, pero Hanroe extendió el brazo.

—Calma —dijo—. Profesor, hemos venido a llevarnos esas fotografías.

—Ah, conocían su existencia...

—Sí, y también nos imaginábamos el lugar donde estaban escondidas. Lo que no sabíamos era dónde se encontraba el diario de Bertha.

—¿Cómo las consiguió ella? Sería interesante saberlo, abogado.

—Mark Negro se las «birló» al hombre que tomó las fotografías de los planos. Fue poco antes de su ingreso en San Quintín.

—Y se las entregó a Bertha...

—Así fue. Pero el que tomó las fotografías ya no pudo repetir la operación.

—¿Por qué? —preguntó Phoebe.

—Murió en un accidente de tráfico. Un accidente legítimo, no simulado. Entonces, sabiendo que las fotografías estaban en poder de Mark...

—¿Por eso le asesinaron? —se extrañó Griffith.

—Y como advertencia a los Negro —contestó Hanroe cínicamente.

—Hay algo que no entra en mi cerebro. O quizá sí, es más sencillo de lo que parece. Todo lo que ha sucedido fue achacado a los Negro, pero formaba parte del plan que usted ideó para conseguir el control de la compañía.

—Así es. Ahora bien, sin los detectores, la
G. E. S.

no pasará de ser una empresa del montón. No me gustan las medianías.

—Evidentemente, no —suspiró Griffith—. Le gustan las cosas hechas a lo grande, asesinatos por todas partes, ríos de sangre, traiciones, chantajes. Nada de trabajos de poca monta, ¿verdad?

La boca de Hanroe se deformó un momento por la ira que le

producían aquellas palabras.

—Será mejor que no sigamos discutiendo...

—Por el contrario, aún no hemos acabado —le interrumpió el joven sin perder la calma—. Todavía es preciso saber qué pensaba hacer con los planos.

—Si todo hubiera salido como deseaba, habría fundado mi propia empresa —respondió Hanroe.

—O quizá los habría vendido a algún país extranjero —terció Phoebe con acento lleno de indignación.

—Oh, no, en absoluto. Dejando de lado el patriotismo, lo que menos me habría interesado sería mezclarme en un asunto de espionaje. No, los quería para mí y ni siquiera pensaba venderlos a una empresa de la competencia.

Griffith levantó el índice y lo movió ligeramente.

—Claro —dijo—, la pretensión de los Neggo de convertirse en los dueños de la Greenfield le sirvió de bandeja el motivo para achacarles todo lo que sucedía. Sobre todo, si tenemos en cuenta que sobornó a dos de sus «perros» de presa supuestamente fieles, Gerson y Cool. ¿No es así?

Hanroe sonrió con aire de superioridad.

—Tenía agentes infiltrados en los lugares donde podían resultarme útiles —contestó—. Cool y Gerson con los Neggo, Hoover, trabajando como un eficiente mayordomo...

—Y yo haciendo de Penélope —se lamentó la joven.

—¿Cómo? —dijo el abogado.

—Sí, la esposa de Ulises. Ella tejía de día y destejía de noche. Yo investigaba los fallos durante el día y ese bruto deshacía mi labor durante la noche.

Hoover soltó una risita.

—Resultaba divertido, no crea —dijo.

—Hanroe, quiero saber una cosa —manifestó Griffith.

—¿Sí, profesor?

—¿Quién mató a Bertha?

—Mills.

—Entonces, usted la hacía creer que eran los Neggo quienes la perseguían.

—No los tome como inocentes del todo. Ellos también se habían enterado de la existencia de los planos. Los querían a toda costa,

porque sabían que Mark quería separarse del clan.

—El caso es que la orden de asesinato fue dada por usted.

Hanroe se encogió de hombros.

—A estas horas, ya no vale la pena negarlo —contestó.

—¿Qué pasó con Mills? ¿Por qué tuvo que matarlo?

—Profesor, cuando uno hace un trato, debe respetarlo. Mills trabajaba según una tarifa. Pidió más... y eso no me gustó.

—Hizo bien, qué diablos —exclamó Griffith—. El mundo marcharía mejor si todos respetásemos nuestros pactos. Gracias, Hoover.

—¿Por qué me da las gracias? —se sorprendió el aludido—. No le hice ningún favor a usted...

—Pero mató al asesino de Bertha.

Hubo un momento de silencio. Luego, Hanroe elevó la mano izquierda.

—Vamos a llevarnos las fotografías —dijo—. Comprenderán que, después de lo que han oído, no podemos permitir que sigan con vida.

Phoebe se volvió hacia el joven.

—Debiste haber traído al tigre —le reprochó.

—Fui un poco confiado, en efecto —admitió él.

Hanroe hizo un gesto.

—Adelante, Shane.

Hoover dio un paso hacia adelante. Repentinamente, estalló una detonación.

El ex mayordomo se contorsionó violentísimamente. Giró en redondo para enfrentarse al autor de los disparos, pero recibió un balazo en pleno rostro y cayó fulminado.

Chillando de pánico, Hanroe intentó escapar a través de una de las ventanas. Cuatro proyectiles lo dejaron con el cuerpo atravesado sobre el antepecho.

Dick Negro apareció en el umbral, con los ojos llameantes de odio y una pistola en la mano.

—Mis hermanos han sido vengados —dijo con dramático acento.

—¿Va a matarnos también a nosotros? —preguntó Griffith.

Negro dio un paso hacia atrás.

—Me voy del país una temporada —declaró.

Dio media vuelta y se lanzó hacia la baranda. Cuando la

alcanzaba se vio envuelto en el resplandor de un potente faro luminoso.

Un altavoz tronó:

—¡Neggo, está rodeado! ¡Tire el arma!

El sujeto blasfemó horriblemente. Tiró la pistola, pero sacó un revólver y saltó a un lado, a fin de ganar la oscuridad, disparando mientras tanto, para dispersar a los policías. Entonces, una Riot-gun calibre 12 vomitó un sonoro trueno.

Neggo cayó de costado y ya no se movió Hampton, pistola en mano, se destacó de las tinieblas.

—¿Profesor?

—Venga, Ray; no hay tigre esta noche —contestó Griffith desde el interior de la casa.

—Hemos llegado un poco tarde —dijo el policía—. Localizamos a Hoover, pero consiguió despistarnos...

—Lo han encontrado —dijo el joven, señalando el cuerpo tendido en el suelo.

Pasó una mano por la cintura de Phoebe y la empujó suavemente.

—Tendrás que dejarme una de tus habitaciones de huéspedes para esta noche —agregó.

—Claro, Mel —accedió ella.

* * *

Estaban sentados en los escalones, en traje de baño, tomando el sol, cuando llegó Hampton.

—Bueno, el caso está cerrado —dijo—. Con una gran sorpresa.

—¿Sí? —sonrió Griffith.

—Castle y Vivian Hanroe van a casarse.

—¡Caramba! —se sorprendió Phoebe—. Pero él es...

—Quizá lo fue. Parece que quiere cambiar de vida Peor para él si se descarrila otra vez.

—¿Tiene dinero la viuda Hanroe? —preguntó Griffith.

—Bastante. Ella era muy rica cuando se casó con Hanroe. Quizá por esta razón, Hanroe se sentía un tanto acomplejado y quería conseguir una fortuna igual o superior a la de su esposa.

—No es bueno curar el complejo de inferioridad matando a gente inocente —murmuró el joven.

—Sí, eso mismo pienso yo. ¿Qué hay del tigre, profesor?

Griffith se echó a reír.

—En lo sucesivo, me dedicaré a criar otros animalitos —contestó.

—¿Leones?

—Hombre, no creo que mis hijos salgan tan fieros...

Hampton miró sucesivamente a los dos jóvenes y sonrió.

—Bueno, felicidades por anticipado —se despidió.

Phoebe se volvió hacia el joven.

—Acepto tu sorprendente petición de mano, aunque hasta ahora no tenía la menor noticia sobre tus propósitos. Pero no me casaré contigo sin saber cuál es tu verdadero nombre. ¿Mel de... Melville? Oh, dijiste que no. Entonces, ¿Meletius?

—No —contestó él sombríamente.

—¿Melittus?

—Melanias —dijo Griffith, abrumado.

Phoebe rompió a reír alegremente y le abrazó con gran cariño.

—Descuida, no se lo diré a nadie —exclamó. De pronto, se puso seria—. Pues sí, me gustaría más pasear a mis hijos que a un tigre, Mel.

Griffith paseó la mirada por la deslumbrante extensión de la playa, en la que rompían las olas con mansedumbre. Muy poco tiempo antes, una hermosa muchacha le había dicho que esperaba morir y él no la había creído.

Phoebe adivinó sus pensamientos.

—Tienes que olvidar, Mel —dijo—. Ahora estoy contigo.

Griffith suspiró.

—Sí, tú estás conmigo. Para siempre —contestó.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.